REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXIV — San José, Costa Rica **1932** Sábado 16 de Enero — Núm. 2

Año XIII. No. 570

SUMARIO:

El fermento del odio

= De *La Nación*, Buenos Aires =

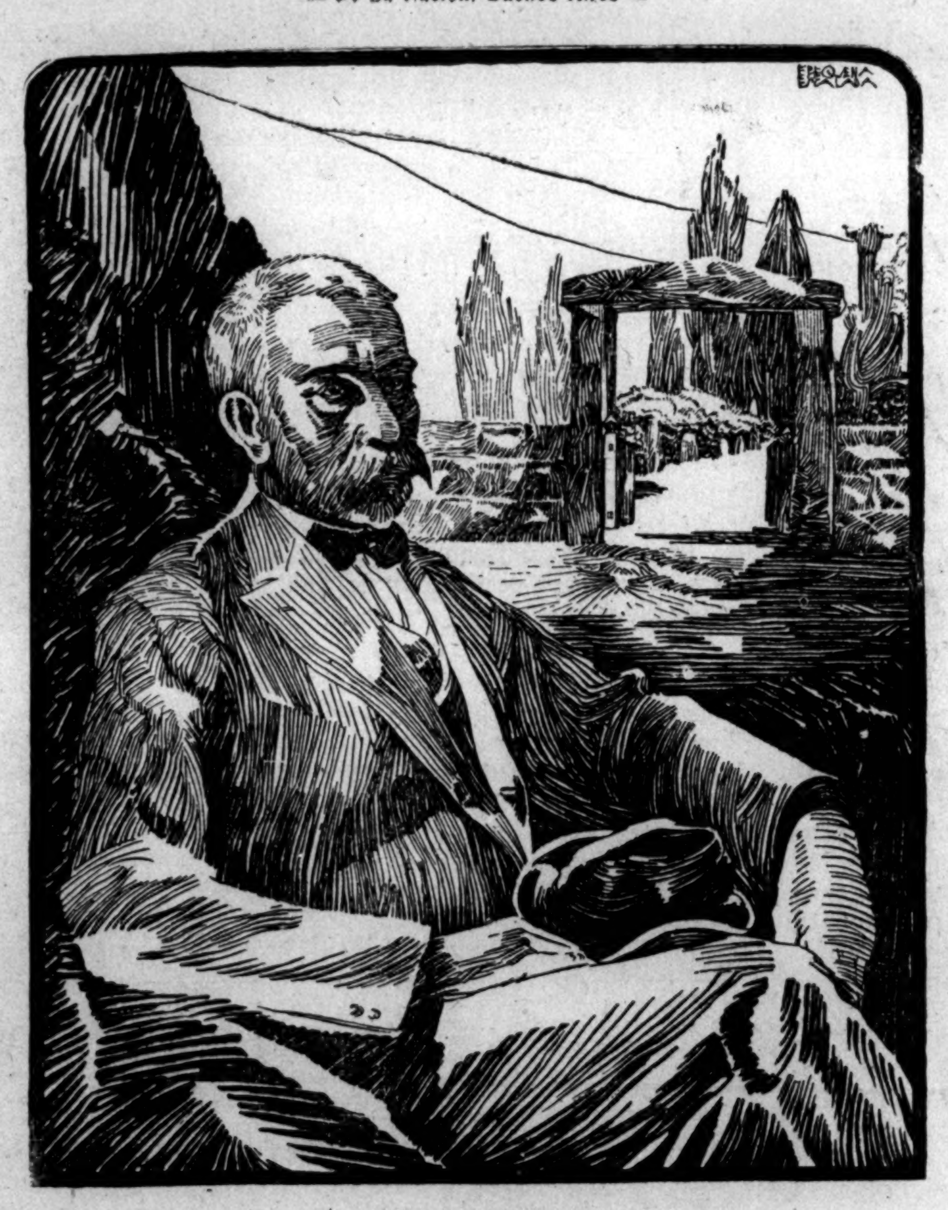
Una vez que acompañaba yo a Joaquín González, desde Chilecito a Buenos Aires, descendimos en una pequeña aldea montañesa bordeada de plantíos y alfalfares. Tierras h o s c a s aquellas, llenas de asperezas y de piedras, que sonríen sólo en la diáfana claridad del aire, en la blancura resplandeciente de alguna nube, en el azul de las montañas y del cielo, en el verde de los cultivos.

Era una tarde de mayo. ¡Qué infinita paz y dulzura en el ambiente! Pero el alma del artista que sintió tan hondamente aquellos paisajes venía lastimada con los roces de la campaña política que acababa de terminar. Entornados los ojos de largas pestañas, recogido en sí mismo, parecía un cóndor dormido. Meditaba.

En la pequeña, desmantelada estación, se había reunido la gente del pueblo. Pocos se aproximaron a saludar a González. La mayoría permaneció alejada, in d i f e r e n t e en apariencia, aunque atenta a todo lo que ocurría en torno al ilustre viajero. Seguro estoy que ninguno, inclusive los que daban la espalda, perdió detalle de la escena. Dos personajes resultaban muy interesantes allí: una mujer y un cura. Ella era producto genuino de la tierra: morena, airosa, dulce de facciones, no obstante su expresión agreste; mezcla de manola española y de reina inca.

El sacerdote, con las manos juntas, la mirada lejana, la sotana negra, la actitud expectante, traducía no sé qué de resistencia pasiva contra el autor de "Mis Montañas", cuya sola presencia entre esas rutinas disciplinadas significaba la revolución.

González conversaba con una dama de noble y bello tipo físico, inequívoca distinción, descendiente, sin duda, del viejo árbol genealógico de Lima, que extendió sus ramas por el camino de Tucumán hasta las provincias interiores.



Joaquín V. González,

El señor de Samay-Huasi

Próximo a la dama se veía un hombre joven, silencioso, reconcentrado. Y mostraba en el semblante cierta imperceptible, irónica sonrisa.

La dama interrogó, al fin:

—¿Conoce a mi marido, Joaquín?—e indicó al hombre joven.

Antes de que González tuviese tiempo de saludar, aquél rompió el silencio con a c e n t o brusco, impertinente:

—¡No! ¿Para qué le preguntas?. . . ¡Qué me ha de conocer!. . . ¡Si es lo mismo que todos los que suben!

La reacción del aludido fué instantánea:

—¿Cómo pretende usted que lo reconozca? . . . Usted acaba de estallar en odio . . . ¿Cuántos años hace que no lo veo? . . . Ha buscado un pretexto para ofenderme, porque aquí nadie enseña tolerancia ni mansedumbre.

Es que en sus casas, en la escuela, en sus reuniones no se oye jamás una palabra de solidaridad, de cooperación. . . ¡Quisieran despedazar al prójimo!. . . Ustedes, los sacerdotes, debieran predicarles amor.

—Si les predicamos — respondió el cura con la voz quebrada y nerviosa.

Imposible me resulta reproducir el torrente de palabras que salió de la boca de González. Relampagueaban los conceptos evangélicos en medio de los

JOAQUIN V. GONZALEZ Y LOS POEMAS DE KABIR

= De *Caras y Caretas*, Buenos Aires =

Cómo! ¿Usted fué quien dió a conocer los "Cien poemas de Kabir", traducidos por Joaquín González — pregúntame, asombrado, un compañero de viaje que acaba de adquirir, en el quiosco de la estación, un ejemplar de la obra.

(Pasa a la página 20)

cuadros del hogar, la escuela, la iglesia, la sociedad entera.

La concurrencia escuchaba su cálida e improvisada admonición, mirándolo, ahora, de frente, sin reatos.

El pequeño personaje que había desatado la cólera del grande, cohibido, avergonzado, impotente para replicar, terminó por confesar su error, su injusticia, y pedir disculpas. La señora consiguió tornar amable el momento. Los demás quedaron mudos, achicharrados, como plantas de los secos arenales quemadas por el sol. Un instante después el tren anunció su partida.

Instalados en el coche, González me advirtió:

—Aquella mujer — la manola criolla — es el ama de llaves de mi enemigo político D. X. X. Verá usted que cuando parta el tren me volverá la espalda. Traducirá con ese gesto el rencor que me profesa su amo. Así fué. Al arrancar el tren, la mestiza nos mostró con desdén plástico sus hombros escultóricos.

Yo me consolé contemplando las montañas azules, gigantescas, que se iban.

En aquel tiempo no alcanzaba a comprender yo la constante, fervorosa, frenética preocupación de González contra el odio. Parecíame exagerada, fantástica, enfermiza. No pronunciaba un discurso, no escribía un solo artículo sin evocar, con ansiedad de santo, el amor entre los argentinos. Sus conversaciones íntimas estaban saturadas de amargas reflexiones contra ese fuego infernal que devastó generaciones y generaciones. Recordaba el martirio de Saavedra por el "delito" único de haber alimentado ideas monárquicas. Justificaba el desolado retorno de San Martín a Europa al verse incapaz de contener las pasiones ciegas de los partidos en lucha. Las guerras cívicas, crueles y salvajes, antes de la organización, los episodios terribles que siguieron al establecimiento defintivo de las instituciones legales. Citaba con deleite místico al padre Esquiú, quien, al pintar los cuadros sangrientos de nuestras contiendas fraternales, predicó con acento americano, con alma de hermano nuestro, la divina palabra cristiana.

"Los males argentinos. . . —me solía decir—. Mitre combatió el caudillismo gaucho, Alberdi habló de la despoblación, Sarmiento atacó el analfabetismo y la ignorancia. Es tiempo ya de concluir con el odio".

Después he visto con mis ojos. Y aquellos lejanos Salmos toman en mi espíritu su valor grandioso y verdadero.

El odio en la vida argentina es un hecho real que cada día experimentamos, tal vez sin advertir más que sus funestas consecuencias. El odio es educación que comienza casi en la cuna y prepara ese tenebroso campo de cultivos para la hipocresía, la traición, la envidia, la calumnia, la confabulación sórdida contra toda labor constructiva.

Así vemos nuestra obra interrumpida, nuestro surco cortado, nuestras personas mutiladas en el juicio secreto de siniestras inquisiciones. El alma se aniquila después de cada dolorosa jornada, la inteligencia se agota, la voluntad apenas halla fuerzas para sostenerse en la puja tremenda, donde al labio sediento llega sólo la esponja de vinagre.

El odio busca vorazmente sus víctimas en todas las capas sociales y hay que cubrirse llenos de terror, guarecerse en obscuros subterráneos para librarnos de su puntería siempre en acecho. . .

González no olvidaba al zorzal, su amigo de Samay-Huasi.

Todas las tardes, al hundirse el sol en el ocaso, detrás de las cumbres andinas, el hombre esperaba al pájaro, que al posarse en el gajo de un árbol familiar, desataba la armonía cristalina de su trino. Si González faltaba, el zorzal venía pero se iba sin cantar.

En las poblaciones montañesas todos conocían al pájaro por el nombre de "el zorzal de Don Joaquín".

Una tarde, se oye el estampido de un tiro de escopeta en el fondo de la quinta. González concibe, en seguida, el más fúnebre presentimiento. ¿Habrán disparado intencionalmente contra su zorzal, con quien conversaba lo mismo que San Francisco con el enjambre plumífero y bullicioso? Y un minuto después se lo traían muerto. ¡Tan cara le costó al inocente su lírica amistad!

Todos hemos sentido alguna vez el escopetazo criminal destinado a romper las cuerdas de sublimes sentimientos, de armonías encantadoras, de ideales que alientan, de esperanzas que fortifican. Respiramos incesantemente los fermentos del odio; y el trabajo, el santo trabajo, se nos hace tan amargo por eso mismo. Se detiene, en la sucia barrera, el proceso civilizador de una gran nación.

El amor que vive en el mundo es como una pequeñísima partícula de rádium que no alcanza a abrazarnos a todos con sus maravillosos efluvios. El viento fatal del odio ha soplado en todas partes; pero otros países llegaron a reducirlo tanto que apenas se notan sus daños.

Acaso el odio argentino sea una mezcla de pasión hispánica y de enconos incaicos, amasados en la barbarie, en la falta de cohesión para la obra común, en el excesivo individualismo.

Hemos presenciado, desconcertados, pasadas luchas electorales. Aquel que con mejor psicología y habilidad logró conmover pasiones negativas fué el plebiscitado. . . Ni un programa, ni una sola idea. Sólo la acción destructora contra las personas se hizo sentir corrosiva y feroz, con incontrarrestable poder proselitista.

El arte de infamar es todavía poderoso entre nostros.

Nuestros escritores, artistas, sacerdotes, maestros y todos los que se ocupen del bienestar general debieran colaborar con unción patriótica a la extirpación del odio argentino. Para eso es preciso sentir y analizar profundamente las pasiones genuinas que lo determinan. El medio geográfico, el clima, las razas, la primera educación, la historia, la sociabilidad, el hogar de donde brota todo.

Que se eduquen los sentimientos del pueblo. Enseñar a leer y escribir es tarea sabia. Que se multipliquen escuelas y templos donde se modele el corazón y se oiga la voz del maestro y la plática del fraile en la misma obra divina para que florezca la siembra de amor. El desarrollo de la vida y el juego de los intereses se encargan de dar al odio derivativos naturales: la hipocresía, la simulación, la estratagema ideal, la falsedad en el juicio y la ausencia de la probidad en cualquier lucha.

La cabeza embalsamada de Ramírez, colocada de adorno en el escritorio del gobernador López, sintetiza la historia del odio argentino.

El odio cae implacable en nuestras ciudades y campañas. Niebla pestilente que todo lo mancha y obscurece e imprime en la fisonomía del país una tristeza grave, concentrada también en el alma sin ilusiones ni nobles esperanzas, ni obras, ausente de la bondad y de la alegría.

Jorge Luna Valdés

Fragmentos

= De la obra *El Sermón de la Paz*. Montevideo, 1924 =

(Véase la entrega anterior)

El Río de la Plata

El paisaje natural que allí me rodea tiene todo cuanto es dado desear: nitidez de dibujo, riqueza y armonía de tonos, luminosidad, expresión definida. El Río de la Plata, que ocupa todo el horizonte y se llega con sus aguas hasta mi puerta, es el protagonista, como no puede menos, de mi drama de color. Es una fiesta de los ojos ese nuestro **río como mar** de los indígenas. El verde azulado, que es su tono ordinario, se transforma y tornasola, pero sin que el agua pierda su fluidez, ni olvide su terrestre procedencia. Unos días predomina en él el verde esmeralda; otros el azul cobalto; nunca el ultramar del Océano, o el lapislázuli del Mediterráneo, que parecen resistir todo abrazo afectuoso con los verdes y los ocres de la tierra, a la que no reconocen como madre; son hijos de la infinita transparencia. En el Plata, hijo de las ausentes montañas, todo es atenuado: los tonos y el movimiento, los peñascos y las olas. La proyección del verde de los árboles, del verdinegro de los eucaliptos, entre otros, sobre aquel azul, forma una armonía de color, un color interno, como no he visto en otra parte.

Las corrientes, o los vientos, o los reflejos del cielo lo parten, en los días serenos, en simétricas franjas, como lar-

gas piezas de distintas telas de seda, o le ponen añadidos irregulares; la luz lo siembra de estelas con sus lentejuelas chispeantes de acero; las olas saltan sobre su superficie, como salidas del aire. Creo que yo distinguiría entre mil el color de esas aguas, la forma de esas olas, la temperatura de esos vientos.

Nuestro suntuoso estuario recorta sus perfiles en la dentellada costa de piedras negras, y forma como el relieve de un mapa continental: las ensenadas, los promontorios, las islas. Cuando el mar baja (nosotros llamamos indistintamente mar o río a nuestro Plata), cuando el mar baja, las piedras que deja en seco alternan con las lagunas saladas y con los pastos; cuando crece, todo queda en el agua verde ondulante; las rocas más salientes aparecen y desaparecen, como cabezas de náufragos.

Esas costas, que, en dirección al Norte, se extienden hasta perderse en una punta lejana, terminan hacia el Sur, muy cerca de mi casa, en el pequeño promontorio de **Punta Brava,** casi aislado, sobre cuyas rocas acantiladas se iergue muy graciosa la redonda torrecilla del faro, con su linterna amiga; algunas rocas negras, continuación submarina de la punta, salen del agua a alguna distancia, y a ellas se llegan las espumas y las gaviotas.

El cuadro es noble y transparente por dondequiera que se le mire: una acuarela de tonos ocres y violetas, que pudiera borrarse con una esponja. Una gaviota blanca, que se abre sobre el cielo azul, basta para animar el aire, como si fuera una palabra; el amable pájaro se acerca silencioso, permanece a pocos metros de nuestras cabezas, nos deja ver bien su cuerpo modelado en algodón, los movimientos de su cabeza triangular terminada en largo pico amarillo, sus ojos como cuentas de vidrio. Una hilera de negros patos marinos, zaramagullones (**biguás** les llamaban los indígenas) pasa de vez en cuando, apresuradamente, con rumbo desconocido, como una procesión de cruces de hierro que agitan los brazos escuetos; con los cuellos de tortuga extendidos, se dijeran estilizados, escapados de los cuarteles de un blasón heráldico. La voz de un **chingolo** que hace sus gárgaras sonoras, terminadas en un quejido, o la de una **ratonera,** especie de juguete mecánico que hace sonar sus pequeños besos en semicorcheas, y salta, más que vuela, entre los alambres del cercado, bastan, con el grito de algún **hornero**, para dar su voz a este paisaje de simplicidad encantadora, tachonado en verano de golondrinas, que persiguen la propia invisible sombra en el aire.

Con sólo andar doscientos pasos hacia el Sur, y despuntar la colina que defiende mi casa de los vientos del Oeste, se llega a la punta del faro. A medida que se adelanta, la ciudad, que está detrás de esa primera cuesta, va saliendo del extremo de la segunda, precedida de su Cerro; la sorprendemos, pues, de espaldas, ocupada en mirar hacia ese Cerro o pequeño monte que le da su nombre, **Montevideo,** y que a su vez la mira de frente, bahía por medio.

No gozamos del aspecto de anfiteatro que distingue a nuestra ciudad, tan alabada de esbelta; pero la colina que por este lado desciende al mar no es menos armoniosa, con su blanco caserío que se dijera pintado sobre su espalda, y que se desgrana a medida que baja a la orilla: el cementerio que asoma sus cipreses detrás de las tapias, una cúpula redonda, torres finas y chimeneas allá lejos, el horizonte gris azulado, por fin...

La sociedad de las cosas

Es lo contrario de eso, efectivamente, lo que yo he sentido y siento habitualmente, ante el paisaje que miro largas horas desde mi torrecilla: siento "la sociedad de las cosas". Ellas también, las cosas, sin excluir las estrellas, han nacido, como los hombres, y como las naciones, para vivir en sociedad, no me cabe duda.

Hermano lobo, hermano sol, hermana agua, hermano fuego, decía San Francisco, el pobrecito de Asis. San Francisco de Asis no estaba nunca solo; la obscuridad, como la luz, era su hermana.

Lo que es "propiedad" en el agua que busca su nivel, es "instinto" en el pájaro que busca materiales para el nido, y es "facultad" en el hombre que anhela el bien. Propiedades, instintos, facultades, he ahí las potencias de este inmenso organismo de la creación, sociedad de cosas visibles e invisibles, hechas por Dios las unas para las otras, y todas para gloria de su nombre.

Nada en la naturaleza está aislado, efectivamente, por más que sea la unidad el manantial de todo: la unidad, lo **entre las cosas.** No hay raya negra en los contornos de los objetos: todo se auxilia y compenetra en el ambiente de luces y sombras: los reflejos de unas cosas en otras, de las visibles y de las invisibles, forman la armonía de las esferas, que es la paz. Darse cuenta de que Dios no ha sido menos bueno al darnos la sombra que al darnos el sol es la sabiduría. Si así como ponemos un poco de agua en nuestro vino, aceptamos un poco de dolor en nuestra dicha, la hacemos más sana, por más en armonía con el universo, y más soluble en la dicha, siempre relativa, de los demás. No desentonamos; no trazamos las rayas negras de la tristeza y de la negra envidia. El hombre bueno y generoso, cuando es muy feliz, debe sentirse endeudado y casi avergonzado ante los que sufren. El dolor ajeno es el deleite de los perversos; la suprema diversión del hombre pagano fué siempre el espectáculo del dolor y de la muerte de su semejante.

Terra patrum

Ese sentimiento de patria, o **terra patrum,** o patrimonio colectivo, existe en el fondo de todo amor humano a la naturaleza; radica en él quizá. El universo se divide para el hombre en dos fracciones: la patria de un lado, todo lo demás del otro; pero sin que exista entre ambos la raya negra. Ese concepto de patria, continuación o ensanche de la propia casa habitada por los recuerdos, es, a mi juicio, el solo verdadero. Como mi solar de terreno es tanto más amable cuanto más cultivado por mi mano, la patria es tanto más patria cuanto más la hemos servido y honrado con nuestro amor, o ungido de nuestro dolor. Su historia es la de mis árboles; su bandera nos recoge todo el sol que el universo produce para nosotros. El resto ahí se queda; es de los demás vivientes; para las otras banderas. Y no lo necesito para ver bien los colores de la mía, y sentir la vida en su plenitud.

Ese amor, "elevado del rango de sentimiento al de virtud", es lo que se llama patriotismo; hecho pasión desordenada o irracional, es el vicio colectivo que hemos de extirpar.

Bien es sabido que algunos innovadores (Tolstoi es su más sonado intérprete) dicen que el patriotismo "es sentimiento egoísta, inspirador de guerras, y destinado a desaparecer, para ceder su puesto al sentimiento de fraternidad universal"; pero esos han tomado por patriotismo lo que no es tal cosa; han visto en él un sentimiento principalmente negativo o de exclusión, siendo así que es esencialmente positivo, de solo amor. La ciencia no tiene patria, le decían una vez al francés Pasteur. No, no tiene patria, contestaba él; pero los sabios sí. ¡Quién me diera ser sabio, digo yo, ser grande entre los hombres, para que mi patria **me tuviera!** El mundo entero no me importa tanto.

No es otra la causa de por qué "no se es profeta en su patria". Nada más puesto en razón, ni más ocasionado a la virtud del patriotismo. El amor de la propia tierra, el de los hombres que la habitan, nuestros próximos hermanos, es y debe ser el más precioso, el más caro por consiguiente; el que ha de conquistarse, por lo tanto, con mayor esfuerzo, y a costa de mayores contratiempos. No te irrites, pues, contra tu patria, porque te dé ocasión de ser fuerte, es decir, virtuoso. Merécela, si la quieres.

El Uruguay

Guiado por las lejanas serranías, sigo yo, con el pensamiento, la costa de la patria, en que resuena la voz de nuestro pedazo de Atlántico, lleno de dioses; adelanto en dirección al Norte, hasta nuestra frontera con el hermano Brasil, y, torciendo entonces, tierra adentro, hacia el Oeste, hasta dar con el río del Uruguay que nos da su nombre, desciendo por ese nuestro fuerte progenitor, entre las islas innumerables, en busca de mi punto de partida.

Y de nuevo frente al Río de la Plata, al Cerro de Montevideo; de nuevo en la casa blanca y chica de que he partido, y que es el centro de mi universo, me parece que he recogido mi país todo entero con los dos brazos; que él no es sino un ensanche espléndido del pedazo de tierra cultivado por mí, sin nada exótico, nada que no sea mío y de mis hermanos: la lengua española adaptada a nuestro acento; los ríos que alimentan al Uruguay; los bosques indígenas que beben en esos ríos; las colinas gemelas que ondulan en su "divino silencio verde", y en que los ganados innumerables, vacas, ovejas, caballos, comparten su pan

con el avestruz salvaje y con el venado; los árboles de nombres primitivos, que cantan en sus pájaros tonadas de la misma lengua, afinadas al ruido de los arroyos bordados de **camalotes,** al olor de los pastos, al vuelo de los pájaros: de los sonoros **teruteros** que anidan en la tierra; de los **horneros** fabricantes de cúpulas; de las palomas torcaces que viven en los cardales, y de las garzas luminosas que alegran el juncal. Todo ello está en armonía con el hablar de los hombres y el reír de las mujeres; con el canto de las madres que amamantan niños; con los nombres pintorescos habitados por la historia que nos es querida.

Sin que esto constituya todo el sentimiento de patriotismo, hemos de convenir en que esa sociedad del hombre con la naturaleza forma parte integrante de ese amor a algo terreno que debe sobrevivirnos a nosotros y a nuestros hijos: de algo perdurable en el tiempo, y que parece sagrado.

Yo estoy persuadido, por ejemplo, de que mi frívolo alegato en favor de las lomas, en su pleito estético con la montaña y la llanura, ha causado alegría a los hijos de las colinas, mis hermanos.

Se han creído personalmente aludidos en la defensa; se han sentido colinas, como yo.

Una vez, una de tantas, percibí, con particular intensidad, esa fuerza de cohesión entre el hombre y las cosas. El hecho ocurrió, en uno de mis viajes al través del mundo, cuando visité el jardín zoológico de Madrid, muy rico y ordenado, por cierto.

¿Y no tienen ustedes ejemplares de la flora americana?, preguntaba yo al reputado dueño de aquella casa, don Miguel Colmeiro, después que me hizo conocer sus tesoros.

Allí hay un ejemplar del **Pircunia Dioica**, me dijo el amable sabio.

Y fuimos a ver el **Pircunia Dioica**... Me cuesta confesar que casi sentí una lágrima en los ojos, esa es la verdad, cuando advertí que el árbol que me mostraba era un **ombú**, el árbol de mi tierra, que allí, con un nombre exótico, fuera de su clima crecía enteco y doloroso. ¡Ni siquiera sabían cómo se llamaba!

Aquel árbol me pareció un hermano enfermo, que me estaba esperando antes de morirse de frío en su soledad. Sentí el deseo de abrazarlo, de consolarlo. El sabio botánico no sabía nada de eso: del alma del árbol; de sus relaciones con la mía.

Es menos frívolo de lo que parece este recuerdo. No quiero decir que esa comunicación del hombre con la naturaleza sea la causa del alma nacional; pero sí que es su inmediato efecto y su símbolo. Un árbol es tanto o más que una bandera. No es porque amamos esas cosas, árboles y banderas, por lo que constituímos un alma colectiva; pero ese amor nos la revela; nos hace sentirnos el alma.

Los filósofos distinguen con bastante precisión el carácter subjetivo de la imagen interna, engendrada en el hombre por la sensación. Uno de ellos observa cómo cada individuo tiene su modo peculiar de imaginar; llama al hecho **la personalidad de la imaginación.** Me parece muy bien Aunque la visión de un caballo, por ejemplo, es la misma en un negociante, en un "sportman", en un pintor o en un indiferente, "el fantasma" que cada cual se forma del caballo, en su ausencia, es completamente distinto. Esa observación se hace extensiva a las razas, a los pueblos, a las épocas, y el arte la confirma. El fantasma de un toro no es el mismo en un torero y en un **cabañero,** en un hombre inglés y en un español. El fantasma de una mujer era distinto en el egipcio y en el griego, sin confundir esa transformación colectiva con la transformación de la mujer amada, por ejemplo, en el cerebro del amante, que, si bien análogo, es obra del corazón de cada uno. Pero la observación es aplicable, sobre todo, al puro concepto de Patria que yo quiero inculcar. El fantasma de las cosas de la tierra nuestra es distinto en nosotros y en los demás; es el mismo en los de la misma tierra. La imagen o fantasma del **ombú** en mi espíritu no es idéntica, ni mucho menos, a la del **Pircunia Dioica** en el del botánico español; pero sí muy parecida, quizá idéntica, en el alma de todos mis compatriotas.

Juan Zorrilla de San Martín

Joaquín V. González y los poemas de Kabir

(Viene de la página 17)

—En efecto — le contesto. — Doble usted esa hoja en que lo ha leído y verá la trascripción de las pobres palabras con que yo mismo precedí tan bellas páginas...

Mi compañero quiere conocer la historia de ese acontecimiento literario, y yo comienzo a evocarla desde sus orígenes:

—Hace doce años, los ex-alumnos del Colegio Nacional de La Plata teníamos una asociación que reunía familiarmente a hombres que ya eran abuelos y a jóvenes recién ingresados en las aulas universitarias. En 1918 se decidió fundar una revista: llamóse "Atenea", y yo fuí su director. El doctor González había cesado, poco tiempo antes, en la presidencia de la Universidad Nacional de La Plata, por él fundada y regida durante tres períodos consecutivos. Yo hubiera deseado inaugurar la revista con una colaboración suya, que le solicité desde el primer momento; pero él estaba entonces en su finca el Chilecito y sólo obtuve su promesa trasmitida telegráficamente (1).

Teníamos en prensa el tercer número de "Atenea" — que fué una publicación bimestral, — cuando el doctor González me anunció personalmente la entrega de su trabajo. "Tengo algo importante para su revista — me dijo. — La traducción de los cien poemas de Kabir, hecha sobre la versión inglesa de Rabindranath Tagore, con prólogo y notas. Es un trabajo que quiero mucho. Sólo me falta poner en limpio los originales". Nunca le había oído referirse a esa labor y no le atribuí entonces toda la importancia que habría de tener dentro de la obra del gran publicista. Días después hízome decir por teléfono que, no decidiéndose a enviarme su colaboración por correo ni por intermediario alguno, prefería que yo fuera al Senado nacional a recibirla de sus propias manos. Fuí cuanto antes pude, y al entregarme su tesoro me repitió la estimación que tenía por aquel trabajo y su deseo de que la edición fuese, aunque modesta, escrupulosa.

Al regresar a mi casa abrí, con la nerviosidad y la devoción que usted puede suponer, el paquete sellado. La traducción de los poemas y algunas notas estaban copiadas a máquina; el prólogo, extenso pero todavía inconcluso, era manuscrito y revelaba, en sus numerosas tachaduras y adiciones marginales, que esas páginas habían sido el único campo de combate... Lo leí todo ávidamente; volví a leer los pasajes que mayormente me impresionaran; creo que hice una nueva lectura reposada, de todos los materiales. El prólogo me pareció que contenía la prosa más bella del autor. Luego se lo consideró como la página esencial del literato filosófico que fué González. En él leí entonces, como puede usted leerlo ahora, que el autor entregaba su libro "a la joven revista "Atenea", de La Plata, como un tributo de afecto y un homenaje a la juventud que anida las aulas de una universidad nacida de un hondo y prospectivo amor de patria, de ciencia y de belleza, personalizado en las generaciones que han de hacerla más ideal y homogénea en los tiempos por venir"... Y comprendí que el doctor González no se había decidido a entregarme esa obra hasta conocer los primeros números de la revista.

Di los originales a la imprenta, y a punto de terminarse la correción final de las pruebas, envióme don Joaquín, con su hijo Héctor, a La Plata, un agregado que debía interpolarse en el prólogo. Eran esos hermosos y densos párrafos que comienzan evocando el amor de Dante a Beatriz y terminan con la invocación de la ley universal del amor: tres cuartillas manuscritas que conservé como reliquias con la autorización del que las escribiera.

Dedicamos un número doble de "Atenea" a la publicación de aquel magnífico trabajo. Frecuentes pedidos del interior del país y de algunas ciudades americanas, determinaron una segunda edición inmediata. Al doctor González lo obsequiamos con una tirada especial de cincuenta ejemplares numerados. En 1923, un editor de Buenos Aires reprodujo íntegramente nuestra publicación en un libro impreso en Madrid, que es el que tiene usted en la mano... Y ésta es toda la historia, según mis recuerdos.

Rafael Alberto Arrieta

(1) He aquí el texto del telegrama: «Gustosísimo figurar entre colaboradores de su revista que oportunamente llega coronar obras universitarias. Felicítolo por iniciativa y prométole algún trabajo apenas pueda normalizar mis ocupaciones en ésa. Salúdalo su siempre amigo.—J. V. GONZÁLEZ».

Hégel y América

= Del No. VII de *El Espectador*. Madrid =

(Véanse las entregas 23 y 24 del tomo anterior)

III

Hemos visto que las civilizaciones indianas eran para Hégel formas de vida antehistóricas y pertenecían a la Prehistoria, a la Geografía, como la planta y la fiera. Por esta razón le parece todo el continente un "todavía no", una madrugada de humanidad. Cuando pasa a considerar los nuevos Estados surgidos de la emigración europea, Hégel mantiene este punto de vista. No se deja arrastrar por el dato primario de que esos Estados vivan de un material humano procedente de Europa y, por tanto — habría de pensarse —, plenamente actual.

Distingue ante todo entre Norte y Sud América. Hégel padecía una especie de patriotismo protestante y detestaba el Catolicismo. Por esta razón dedica a los Estados Libres del Norte su mejor benevolencia y describe con poca simpatía las naciones católicas del Sur. Sin embargo, la diferencia del trato no le lleva hasta separar el destino y la significación histórica de uno y otro lóbulo continental. A la postre los califica idénticamente. América del Sur — dice —ha sido conquistada; predominan en ella el poder militar, el clericalismo, la tesaurización y la vanidad de títulos y honores. América del Norte, en cambio, ha sido colonizada, se orienta en el principio de la industria y del protestantismo, sostiene la libertad del individuo.

"Si ahora comparamos la América del Norte con Europa, hallamos allá el ejemplo perenne de una constitución republicana. Existe la unidad subjetiva; pues existe un presidente que está a la cabeza del estado y que — como prevención contra posibles ambiciones monárquicas — sólo por cuatro años es elegido. Dos hechos de contínuo elogiados en la vida pública son: la protección de la propiedad y la casi total ausencia de impuestos. Con esto queda indicado el carácter fundamental; consiste en la orientación de los individuos hacia la ganancia y el provecho, en la preponderancia del interés particular, que si se aplica a lo universal es sólo para mayor provecho del propio goce. No deja de haber Estados jurídicos y una ley jurídica formal; pero esta legalidad es una legalidad sin justicia. Por eso los comerciantes americanos tienen la mala fama de que engañan a los demás bajo la protección del derecho". (182-183).

En cuanto a la política, «Norteamérica no puede considerarse todavía como un Estado constituído y maduro". Esto parecerá absurdo a los americanos que se consideran, apenas nacidos, al cabo de todas las perfecciones constitucionales. Hégel les imputa lo que ellos más estiman: su carácter federativo y republicano. Para el filósofo son ambas formas de pluralidad sin efectiva unidad superior y representan organizaciones políticas inestables. "Es — dice — un Estado federativo que es la peor forma de Estado en el aspecto de las relaciones exteriores. Sólo la peculiar situación de los Estados Unidos ha impedido que esta circunstancia haya causado su ruina total". Y, sobre todo, dice Hégel, esto que hoy nos produce gran sorpresa: "Es un Estado en formación: no está lo bastante adelantado para sentir la necesidad de la realeza". La idea de que Prusia llegase, andando el tiempo, a sacudir su monarquía, como se sacude el hombre una pesadilla, no debió pasar nunca por la mente de Hégel. Tocamos aquí en un punto concreto la enorme limitación del pensamiento hegeliano, su ceguera para el futuro. El porvenir le desazonaba porque es lo verdaderamente irracional y, en consecuencia, lo que estima más el filósofo cuando antepone el apetito frenético de verdad al afán imperialista de un sistema. Hégel se hace hermético al mañana, se agita desasosegado cuando roza algún albor, pierde la serenidad y cierra dogmáticamente las ventanas para que con nuevas posibilidades luminosas no entren volando las objeciones.

Sin embargo, sin embargo... Hégel no se va nunca de vacío. En sus errores, como el león en sus mordiscos, se lleva siempre entre los dientes un buen pedazo de verdad palpitante.

He aquí cómo expresa — con variadas fórmulas — la razón de que América no haya comenzado aún su plena vida de Estado. "Un verdadero Estado y un verdadero gobierno sólo se produce cuando ya existen diferencias de clase, cuando son grandes la riqueza y la pobreza y cuando se da una situación tal que la gran masa ya no puede satisfacer necesidades de la manera a que estaba acostumbrada. Pero América no está todavía en camino de llegar a semejante tensión, pues le queda siempre abierto el recurso de la colonización y constantemente acude una muchedumbre de personas a las llanuras del Mississipí. Gracias a este medio ha desaparecido la fuente principal de descontento, y queda garantizada la continuación de la situación actual". Y luego: "La clase agricultora no se ha concentrado aún, no se siente apretada, y, cuando experimenta este sentimiento, le pone remedio roturando nuevos terrenos. Anualmente se precipitan olas y olas de nuevos agricultores más allá de las montañas Alleghany para ocupar nuevos territorios. Para que un Estado adquiera las condiciones de existencia de un verdadero Estado es preciso que no se vea sujeto a una emigración constante y que la clase agricultora, imposibilitada de extenderse hacia afuera, tenga que concentrarse en ciudades e industrias urbanas. Sólo así puede producirse un sistema civil y ésta es la condición para que exista un Estado organizado. Norteamérica está todavía en el caso de roturar la tierra. Unicamente cuando, como en Europa, no puedan ya aumentarse a voluntad los agricultores, los habitantes, en vez de extenderse en busca de nuevos terrenos, tendrán que condensarse en la industria y en el tráfico urbano, formando un sistema compacto de sociedad civil, y llegarán a experimentar las necesidades de un Estado orgánico. Es, por tanto, imposible comparar los Estados libres norteamericanos con los países europeos; pues en Europa no existe semejante salida natural para la población. Si hubieran existido aún los bosques de Germania no se habría producido la Revolución Francesa. Norteamérica sólo podrá ser comparada con Europa cuando el espacio inmenso que ofrece esté lleno y la sociedad se haya concentrado en sí misma".

He transcripto tan ampliamente estos párrafos de Hégel no sólo por el interés inmediato que tiene siempre oir el son de su palabra — son trozos tomados casi taquigráficamente de su improvisación oral en la cátedra —, sino porque poniéndolos ante los ojos del lector puedo permitirme dar de ellos una interpretación más rigurosa, más hegeliana, a mi juicio, que su propio sonido y letra. Detrás de esa definición concreta de la realidad americana late una teoría general nunca expuesta por Hégel pero fácilmente destilable del contexto.

No olvidemos que la Historia no empieza, según Hégel, sino cuando el Espíritu empieza a descubrirse a sí mismo, a reconocerse como tal Espíritu. La Naturaleza o ante historia es también Espíritu, pero lo es precisamente en cuanto el Espíritu se ha escapado de sí mismo, se ha enajenado y perdido fuera de sí, en suma, se ha ignorado y desconocido. Dicho "grosso modo": el paisaje que vemos no es, en verdad, sino un cuadro que el Espíritu pinta o proyecta ante sí. Si lo tomamos aparte, ingenuamente, según aparece, juzgaremos que existe por sí y que no proviene del Espíritu. Pero todo cuadro es emanación de un pintor que en él ha puesto su intimidad espiritual. Su realidad no es, pues, independiente del creador, sino que es el creador mismo transpuesto y como traducido en un medio que aparentemente no se parece nada a él.

Pues bien: en esa definición de Amé-

DIVINA ACTUALIDAD

= *Envío del autor* =

Vida, Señor,
que sea como ese mar
que va a la rompiente
que con ser su final
regresa eternamente.
Amor sin otoñal,
tú que lo puedes, Redentor!

Dejame mis pecados
que tiempo habrá de cuenta;
dejarme sin pecados
es vida en osamenta.

Ahora lo que has de darme,
¡"Divina Actualidad"!
que nada he de llevarme;
desnudo de pasiones iré a la Eternidad.

Max Jiménez

Coronado, enero del 32.

rica entrevemos una ley fundamental de la Historia que Hégel no ha formulado nunca por separado. Por lo visto, para que el Espíritu se recoja sobre sí mismo y abandone ese aspecto de naturaleza que primero adoptó, es preciso que los hombres no encuentren ante sí grandes espacios libres, sino que, al contrario, vivan apretados. Por tanto, la Historia o espiritualización del Universo es función de la densidad de población. La humanidad desparramada no segrega espíritu: es menester que se haga especialmente compacta, que se aprieten unos contra otros los individuos. Sometida a presión, la humanidad comienza a rezumar espitualidad y la aventura propiamente histórica se inicia. Sólo ante dificultades en la vida "natural", cuya medida hallamos en la holgura de territorio, se dispara el proceso cultural.

Ahora bien, tómese un material humano que, como el europeo, se ha ido haciendo en regiones muy pobladas y por ello ha llegado a la máxima tensión del Espíritu; trasládesele a un territorio amplísimo, donde el coeficiente de libre espacio para cada individuo sea como el que el europeo gozaba hace dos mil años ("los bosques de Germania"); ¿qué acontecerá? La idea de Hégel es clara y no deja lugar a dudas respecto a su opinión. Su respuesta sería ésta: esa porción de europeos actuales, viviendo en grandes espacios, retrocederá en su evolución espiritual y se parecerá mucho a un pueblo primitivo. Cuando el espacio sobra se adueña del hombre la naturaleza. El espacio es una categoría geográfica y no histórica.

Véase, pues, cómo Hégel persiste frente a los nuevos Estados americanos en su interpretación del Nuevo Mundo como un mundo esencialmente primitivo. Si hoy reviviera y asistiese a la magnífica escena de la vida "yanqui" con todas las maravillas de su técnica y organización, ¿que diría?, ¿rectificaría su criterio? Es de sospechar que no. Todo ese aspecto de ultramodernidad americana le parecería simplemente un resultado mecánico de la cultura europea al ser transportada a un medio más fácil, pero bajo él vería en el alma americana un tipo de espiritualidad primitiva, un comienzo de algo original y no europeo. En suma, lo que estimaría de América sería precisamente sus dotes de nueva y saludable barbarie. De éstas y no de su técnica europea, mera repercusión del Viejo Mundo, dependería, en su opinión, el nuevo estadio de la evolución espiritual que América está llamada a representar. ¿Cuál será éste? ¿Cuáles sus rasgos distintivos? Hégel aparta con temor su vista de tal problema y dice: **Por consiguiente, América es el país del porvenir.** En tiempos futuros se mostrará su importancia histórica, acaso en la lucha entre América del Norte y América del Sur. Es un país de nostalgia para todos los que están hastiados del museo histórico de la vieja Europa. Se asegura que Napoleón dijo: "Cette vieille Europe m'ennuie". América debe apartarse del suelo en que, hasta hoy, se ha desarrollado en la Historia universal. Lo que hasta ahora acontece allí no es más que el eco del Viejo Mundo y el reflejo de ajena vida. **"Mas como país del porvenir, América no nos interesa; pues el filósofo no hace profecías.** En el aspecto de la Historia tenemos que habérnoslas con lo que ha sido y con lo que es. En la filosofía, empero, con aquello que no sólo ha sido y no sólo será, sino que es, y es eterno: la razón. Y ello basta."

José Ortega y Gasset

Marzo, 1928.

Estampas

Como Iowa clama es preciso investigar...

La casta de los banqueros no perderá sus prestigios

= Colaboración directa =

When a state in South America (or in Europe) repudiates its debts, a bodholder in Iowa may suffer.—Raymond Leslie Buell.

Los tenedores de bonos de Iowa han perdido el sosiego. Algunos países de nuestra América han cesado en el pago de sus obligaciones provenientes de empréstitos. Los moradores de Iowa dieron sus dineros al banquero yanqui comisionado para obtener préstamos que sirvieran a gobiernos nuestros en la realización de sus planes. Y esos gobiernos están en bancarrota y el suceso lleva desánimo y aflicción al anónimo morador de Iowa. Levanta su clamor y como Iowa es el pueblo norteamericano, no puede uno de los poderes públicos de tanta representación como el Senado ser indiferente al clamor común. Los tenedores de bonos de Iowa se han impuesto y un comité de finanzas del Senado investiga. Las autoridades de la Reserva Federal son culpadas de haber abandonado la vigilancia que les correspondía sobre los bancos y sobre los corredores de empréstitos. Durante el período de inflación de valores de la bolsa dichos funcionarios toleraron los procedimientos del banquero y del correteador sin preocuparse del control futuro de los dineros emprestados. El Senado se ha dado cuenta de falta tan pecaminosa, porque Brasil y Chile y Perú y Paraguay han decretado la moratoria y los tenedores de bonos de Iowa no reciben ya intereses ni en la bolsa se cotizan sus valores. De no ser así nadie en los Estados Unidos habría promovido la investigación y la reputación del banquero tendría la albura que lo hace respetable y mandón.

Como Iowa clama es preciso investigar, imponer responsabilidades. Pero si Iowa pudiera continuar percibiendo intereses, guardando sus bonos sin depreciar, el Senado de Iowa no tendría vela en este entierro. ¿Acaso la tuvo, por por ejemplo, en Setiembre de 1930, es decir, hace dieciseis meses, cuando Lawrence Dennis denunció en **The New Republic** las atrocidades de los banqueros de Iowa? Ahora pretende el Senado acusar de falta de vigilancia a las autoridades de la Reserva Federal y estigmatizar al banquero, porque los empréstitos van quedando en descubierto. Y declaran el banquero y el correteador y dan cuenta minuciosa de sus ganancias. Y el mundo y también Iowa se enteran de que hubo que repartir comisiones a agentes interiores y exteriores. Pero el Senado no quiso oír en 1930 a Lawrence Dennis que refirió públicamente el destino que los gobiernos rapaces daban a los préstamos venidos de Iowa; que detalló el monto de las comisiones. Ah, no había entonces motivo de alarma, porque nuestros gobiernos pagaban y los intereses se distribuían en Iowa. Dennis tituló su denuncia así: **La responsabilidad de los banqueros norteamericanos en las desgracias del Perú.** Título sugestivo para el Senado que hoy se inquieta y obliga a declarar ante su Comisión de Finanzas desde **the man in street** hasta el connotado Thomas W. Lamont, Secretario de Comercio de Iowa y socio de la banca de J. P. Morgan & Company.

Dennis escribió apenas caído el dictador Leguía y se preguntaba si la finanza internacional no seguía un curso reprochable desde el punto de vista de una política social. El Senado no lo tomó en cuenta. Acusó a los gobiernos, a nuestros gobiernos, de estulticia y de imprevisión en la conducta seguida con los empréstitos. Leguía en 1919 recibió el Gobierno con una deuda exterior de doce millones de dólares. En 1930 deja el Gobierno con una deuda de ciento diez y seis millones de dólares. Los banqueros de Iowa le dieron millón tras millón y regaron bonos en los hogares de todos los moradores de esa nación. Leguía agotaba la capacidad productiva del Perú, la hacía insuficiente para respaldar empréstitos tan grandes. Pero Iowa recibía intereses y estaba tranquila. Los millones no producían riqueza; eran en parte destinados a obra muerta y en parte eran robados por la tiranía. La obra muerta costaba siempre el doble y nunca daba ni siquiera para pago de intereses de la inversión. Claramente lo dijo el publicista Dennis para el que tuviera oídos que oyera. Mas el Senado no los tuvo.

Ni oyó ni vió la denuncia gravísima de Dennis. Enfáticamente le dijo él que "El Presidente Leguía no podía ignorar el hecho de que sus hijos y muchos de sus parientes y amigos estuviesen recibiendo millones de dólares por comisiones y ganancias en los empréstitos exteriores y en los contratos de las obras públicas. En ocasiones las comisiones a sus hijos y amigos las pagaban directamente firmas norteamericanas". Terrible denuncia para un Senado que preocupado en verdad por las inversiones que hicieran en estos países los banqueros de Iowa, hubiera querido detener la rapiña desatada. Es **The New Republi-**

can un periódico honrado y de gran prestigio y no tiene explicación el silencio que mantuvo el Senado cuando Dennis habló severamente.

Ahora resulta el banquero de Iowa inescrupuloso para el Senado, y la Reserva Federal abandonada y con cierta complicidad en el desastre de los empréstitos exteriores. ¿Por qué no se dijo lo mismo en 1930, cuando Dennis denunció? "Sin los banqueros—dice Dennis —Leguía no habría podido obtener los fondos necesarios en el exterior". Fondos que se esfumaron y que hoy pesan sobre todo un pueblo hambreado y miserable, y que reclaman tenedores de bonos depreciados. No sintió el Senado la proximidad de un gran desastre. No suponía a ningún país de los nuestros capaz de desvalorizar los bonos de los habitantes de Iowa. Han aparecido sucesos que han dicho al Senado muchas verdades, las mismas que pudo adivinar en la denuncia de Lawrence Dennis. Entonces se alarma y forma comisiones y subcomisiones y la prensa habla de los millones emprestados a la América por medio de gobiernos sin visión ni escrúpulos. Como ya es un pueblo el defraudado no puede el Senado quedarse sordo. Sólo que todo acaba en ruido, escándalo, exhibición. El banquero es impune. Ha llegado a formar una casta invulnerable. ¿Cómo conseguirá el tenedor de bonos de Iowa recobrar su inversión? Estos países han caído en bancarrota. Abrumados por empréstitos, no pueden salir de la losa mortal. Nada aprovecharon del dinero del habitante de Iowa. Ni se les fomentó la agricultura, ni la industria, ni la ganadería, ni se les dieron vías de comunicación, ni siquiera un poquito de cultura. El oro fué tragado por los tantos carrillos voraces que señala Dennis. Quedaron empobrecidos, desgraciados, sin orientación ni fuerza para vivir.

Así los encuentra el Senado de Iowa cuando levanta proceso contra el banquero que le dio empréstitos. A algunos los mira llenos de una gran resolución, la resolución de no pagar las obligaciones de los préstamos del banquero de Iowa. Debe alarmarse el Senado, porque la actitud puede generalizarse y si la América entera declara que necesita vivir y que para hacerlo niega derecho al tenedor de bonos de Iowa sobre sus recursos económicos, entonces la tarea del Senado será mayor. Con tanto pueblo dispuesto a no pagar durante su bancarrota es muy amarga la función de un Senado. Y en verdad que nuestros pueblos debían negarse a cumplir con los empréstitos. Si quiere el Senado castigar la piratería del banquero, debe sentir que ha sido grande el daño de la casta. Así vería que no es posible dejar sin atención una denuncia seria, en la cual se estampan los males terribles de los empréstitos dados a gobiernos sin honradez, envilecidos. Ceñiría a cadena fuerte al banquero. Y cuánto bien derivarían estos pueblos. No pesaría sobre su miseria tanta deuda inicua. El banquero quedaría reducido a un papel mínimo. Le mataría las cabezas de hidra con que lo vemos moverse allí en donde nota posibilidades de realizar una enorme ganancia.

Pero no hay que llamarse a engaño. El Senado de Iowa no ha tomado ningún camino que redima a su pueblo, o a pueblos extraños, del banquero. Un clamor común lo compele a preparar el escenario. Sobre él morirán todas las acusaciones. La representación no tendrá tempestades. Ni siquiera borrascas. La casta de los banqueros no perderá sus privilegios. El tenedor de bonos de Iowa volverá a dar su dinero para que de él se separen millones a pagar comisiones y el resto se acabe y deje profundamente miserables a muchos pueblos. ¿Qué vale el aspaviento del Senado? Lo que salga a la luz hoy no será diferente de lo que hace un año supo cuando Lawrence Dennis estampó su acusación. Sabrá que los empréstitos hechos con los dineros de Iowa se los han robado los gobiernos viles. Sabrá que el banquero merece todas las condenas con que se señala al malvado. Pero nada hará el Senado. Estemos seguros de ello. Esperemos contra el banquero únicamente lo que podamos hacer nosotros, convencidos de que exterminar esa casta del gobierno de los pueblos es limpiar el rumbo del crecimiento fecundo.

Juan del Camino

Cartago, 7 de enero del 32.

31 DE DICIEMBRE

(1930)

= *Envío del autor* =

Sobre la cima del año que muere
y bajo el ala del atardecer,
el alma triste detenerse quiere
petrificada en un eterno ayer.

Cristalizada la vida en la cumbre,
rota la cuerda del viejo reló,
parar el tiempo a la pálida lumbre
del Sol del año que ya se acabó.

Vieja película sonora que falla
porque alguien párala con brusca intención
de dejar fijos sobre la pantalla
paralizados paisaje y canción:

así del tiempo la perenne cinta
y de la vida la corriente trágica
fijáranse hoy bajo la tarde extinta
en cuento auténtico de varita mágica...

Mujer de Loth que se vuelve al pasado
y allí se queda en estatua de sal,
sobre la cima del año finado
dejar inmóvil el alma total.

Sólido soplo de súbito invierno
sobre la innúmera corriente Energía:
suspenso el Cosmos en témpano eterno,
bloque en que duermen la noche y el día...

Absurdo coágulo de vida y de muerte
gran catalepsia de luz y de sombra;
el Universo estancado en lo inerte;
vasto silencio El que aquí no Se nombra.

Mármol sin vida que el artista labra
y al que da vida latente el cincel,
y movimientos y ritmo y palabra
quedan dormidos o presos en él...

Hacer del Todo una escultura fría
en que las múltiples fuerzas dormitan
eternamente, como la armonía
duerme en los versos que no se recitan...

...Viejo año náufrago: fuiste áspero y brusco.
Pero a tu góndola se adhiere mi ser
con persistencia de terco molusco,
¡pues va cadáver aquella Mujer!

Adolfo Ortega Díaz

San Salvador, 1931.

QUINCE AÑOS

= *Envío del autor* =

A la Srta. Matilde Margarita Mejía

¡Quince años, aurora de la juventud, abril de la vida, nuncio de la buena nueva, yema rompida en flor, celestial aparición de la mujer! ¡Quince años! El alma alborozada es mariposa, anegada en luz la mente se dilata; pulsado por la emoción, el cuerpo es dulce lira, la palabra, canto; la boca es un panal, magnolias el seno; los ojos, estrellas milagrosas.

¡Quince años! Ramas de un nido ayer, cendales, columpios de una cuna; hoy, precintos de seda y oro, guardadores infieles, vencidos carceleros; escala, del cielo suspensa, por donde desciende el alma, exenta de su vestidura angelical. ¡Quince años! Malicia besa a la inocencia, desperézanse los gérmenes dormidos, sonríe naturaleza, y aparece, sobre una concha del mar, la reina de las flores y el amor. ¡Quince años! No trisca ya la confiada cervatilla por montes y por prados; en la copa del árbol palpita el ave con el ansia de aventuras de sus alas; y en la virginal pupila, las formas de la madre se mudan en la figuración del amado ideal.

¡Quince años! Bautismo de amor, esplendente corona de gracia y hermosura, alegórica divisa de las tiernas horas, de las marinas nereidas, de las náyades dulcísimas, de las campesas dríadas. ¡Quince años! Hora de belleza, de felicidad y de ilusión; hora única, en que el corazón se alza a reinar.

Américo Lugo

Puerto Plata, Rep. Dominicana, 9 de octubre, 1931.

Un oprobio para América

= De *La Nación*. Buenos Aires =

Yo había ido a Gijón a dar una conferencia. Una noche, un viejo amigo me llevó a cenar con un grupo de contertulios suyos a quienes deseaba presentarme. "Hay uno, sobre todo, muy interesante —me dijo—. Estuvo siete meses condenado a muerte en Francia, durante la guerra, por supuesta inteligencia con los alemanes. Cuenta horrores. Ya le oirá usted".

Los contó, en efecto, de sobremesa, que, oyéndolo, se prolongó hasta las primeras horas de la mañana. Se llama Manuel Menéndez Valdés. Es ingeniero, gran talla, corpulento, con esa palidez especial de las gentes cuyo corazón ha sufrido demasiado. Todavía se excita vivamente cuando relata su terrible c a l v a r i o. Su palabra es entrecortada, nerviosa, borboteante, como si no pudiera contener la emoción del angustioso recuerdo y tuviera que extravasarla por sus ojos sobresaltados de terror o de ira; por sus brazos, que se agitan en gestos a veces de espanto y a veces de venganza; por todo su cuerpo de gigante, que tiembla de dolor cuando piensa en la injusticia aun no reparada.

Al terminar su tremendo relato, le dije:

—¿Por qué no escribe usted sus memorias?

—Están escritas —me contestó con timidez, como avergonzándose.

—¿Por qué no las publica?

—No me atrevo. No soy escritor, me falta el arte literario. Si quiere usted leerlas, se las daré.

Me las dió. Las leí.

Principalmente se justifica su publicación por dos motivos. Uno, por dar estado de publicidad a un proceso que se substanció secretamente, a puerta cerrada, sin medios de defensa para el acusado. No basta decirle a un hombre: "Eres un espía del enemigo, aunque nosotros no hayamos podido probarlo (por lo menos, no hemos podido hacer pública tu culpa); te condenamos a muerte; te tenemos siete meses pendiente del cumplimiento de esa sentencia; luego la conmutamos por cadena perpetua, te hacemos rodar de presidio en presidio francés y finalmente te enviamos a nuestro dantesco penal de América, a nuestra Guayana, a ocuparte en trabajos forzados y a que mueras allí al cabo de veinte o treinta años, si antes no te aniquila el paludismo, la tuberculosis, la locura, la lepra, el hambre, la manigua o las balas de nuestros vigilantes en el momento de querer evadirte"...

Y el otro motivo: dar también publicidad al régimen penitenciario de Francia, la tierra clásica de los Derechos del Hombre. Ese régimen envilecería al país más bárbaro de Asia o de Africa. Ese régimen es un baldón de ignominia para Europa, puesto que Francia representa la quintaesencia de su civilización, y para América, que consiente en sus territorios la existencia de un penal como el de la Guayana Francesa.

Paso rápidamente sobre la refinada crueldad de tener a un hombre esperando durante siete meses, día a día, el cumplimiento de su sentencia de muerte, la hora en que habían de llevarle a los fosos de Vincennes. Dostoievski nos habla en una página inmortal de aquellos espantosos minutos que precedieron al simulacro de su ejecución. Piénsese lo que serán siete meses. Y no se diga que mejor fué esperar ese tiempo que ser fusilado. Quién sabe. Pero lo mejor, lo más elementalmente humano, hubiera sido que, al no cumplirse la sentencia dentro del plazo de costumbre, hubiera sido conmutada inmediatamente. ¿A qué ese suplicio? Ni la guerra ni nada podía justificarlo. La Inquisición, tan fértil en torturas, no conoció estos recursos de un Derecho que se llama moderno y que se ejerce en uno de los países que pasan por más civilizados.

Tampoco me detendré en lo que Menéndez Valdés cuenta de sus prisiones en Francia, en las cárceles de Fresnes y de Thouars, regidas entonces (1919-1921) por el sistema de sevicia más brutal que puede concebirse: prohibición de hablar, castigar a pan y agua, en calabozos tenebrosos e inmundos, por las menores infracciones, a veces por una palabra dicha furtivamente a un compañero de infortunio; explotación esclavista del trabajo de los presos; malos tratos, de palabras y obra, por intermedio de los presidiarios más feroces, bajo la instigación y el amparo de las autoridades penitenciarias. T e n g o entendido que, después de la luminosa encuesta de Albert Londres, "Dante n'avait rien vu"—uno de sus libros bienhechores—, se ha reformado el régimen penal de Francia, que era, sin duda, uno de los más inhumanos del mundo. Pero no basta que la reforma se haga en la ley. Tampoco antes eran tan malos los reglamentos. Lo malo eran los hombres encargados de aplicarlos.

Lo que más me ha conmovido en la espeluznante historia de Menéndez Valdés, más aún, si cabe, que sus siete meses de sentenciado a muerte, es su viaje a la Guayana, encerrado con sesenta criminales de toda laya en el fondo de un barco viejo, dentro de horrendas jaulas de hierro: en conjunto eran 800 los forzados que iban a bordo. Cuando llegan a la Guayana, en la jaula sólo quedan treinta y ocho. Los veintidós restantes han muerto, la mayor parte de fiebres tifoideas y disentería. La mortandad es semejante en las demás jaulas. Por esta cifra, que significa más que un diezmamiento y más que una hecatombe, pueden colegirse las condiciones sanitarias en que Francia envía sus presos a la Guayana. Esto no lo vió Albert Londres, que hizo el viaje en un buque corriente de pasajeros. Es el capítulo que le faltaba a su libro "Au bagne", donde describe la vida en el presidio de la Guayana francesa. Hubiera sido uno de los más pavorosos que han salido de su benemérita pluma. Ojalá lea el que ha escrito Menéndez Valdés para que comprenda la relativa exultación de los presos al desembarcar a orillas del Maroni. La Guayana es el infierno; pero aun es más infernal la barca de Caronte que lleva allá a los forzados. Muchos prefieren el fondo del mar a la superficie; por eso tal vez se mueren en la travesía.

Los relatos de Albert Londres y de Manuel Menéndez Valdés sobre la vida de los forzados en la Guayana Francesa se confirman mutuamente y se complementan. Dicen lo mismo, en forma distinta. El de Londres es más documentado; el de Menéndez Valdés, vivido. El uno es el cronista que ve el inmenso drama desde afuera; el otro es el preso que lo sufre en su propia carne. El uno es el juez que instruye e informa; el otro, la víctima que declara. Albert Londres pide, al final de su libro, que se reforme el presidio de la Guayana. Yo, después de leer a Londres y a Menéndez Valdés, quisiera que ese presidio desapareciese. Por el buen nombre de Francia. Por el buen nombre de América.

(*Pasa a la página 26*)

Luis Araquistain,

Visto por Bagaría

El cinismo jovial de Fernando González

Sus ideas. Sus desplantes. Su bondad

= De *Cromos*. Bogotá =

Fernando González dictó en el Teatro Municipal su última conferencia ante un público de cuarenta varones y tres damas. Estas cuarenta y tres personas oyeron con el mayor interés la escabrosa, la incisiva, la penetrante e inquietante exposición del autor de "Viaje a pie", sobre la pubertad de Bolívar.

A lo largo de las tres charlas, González ha desplegado, quizá mejor que en su dos libros admirables, las formas diversas de una personalidad desenfadada y agreste. Ha hecho sus afirmaciones estupendas y dicho sus sentencias rudas para un público que no sabe bien a qué atenerse y que nunca termina de formarse un concepto definitivo sobre él. Fernando dice, por ejemplo, apenas expuesta su abstrusa teoría sobre la manera de morir bien:

—Veamos cómo murió Bolívar: pesaba dos arrobas. Allí ya no había materia. Era puro espíritu. El doctor Réverend lo decía: "No pesa nada, yo lo alzo sin dificultad entre mis brazos". Decía: "Suban esas maletas, vámonos pronto que aquí hay muchos canallas"... Qué diferencia con los últimos momentos del Mayor Santander...

En seguida lee los boletines del médico de cabecera del hombre de las leyes, subraya expresiones, apunta la significación de ellas, pone toda su energía deductiva en cada uno de los angustiosos momentos del grande hombre, termina la lectura y torna a pasearse a lo ancho del escenario.

Os quedáis esperando con la mayor inquietud el paralelo terrible entre el Libertador agonizante "seco como un sarmiento" y Santander desasosegado, durante su penosa agonía. Comprendéis que de todos esos elementos, valerosamente presentados, el conferencista va a sacar conclusiones mortales. Y en este estado de ánimo os pasma de desconcierto la frase de síntesis con que cierra el tema:

—Ya hemos visto, pues, cómo el mayor Santandar apenas sí había llegado al plano mental, sin haber salido aún del plano fisiológico.

El humorismo, la buída ironía, el claro y alegre c i n i s m o de Fernando González emergen, paradógicamente, de una naturaleza tímidamente jovial, de una cristiana bohomía verdaderamente cautivante.

El no tiene amargura, ni pesimismo ni escepticismo. Habla sencillamente de cosas sencillas y nunca está en vena trascendental. Su extraordinaria espiritualidad reacciona — para emplear una de sus palabras habituales — en una forma llana y cordial, sin graves vestiduras lexicográficas.

Esta mañana lo visitó el fotógrafo de "Cromos" en las oficinas de "Cervantes". González se prestaba dócilmente a las indicaciones de Montoya y apenas si se atrevió a preguntar:

—¿Cómo le parece usted que quedará mejor?



Fernando González

Se sentó ante el escritorio y preguntó de nuevo con una sonrisa de niño:

—¿Leyendo o escribiendo?

Sobre este punto el fotógrafo meditó un instante. Luego conceptuó:

—Escribiendo.

El autor de "Mi Simón Bolívar" puso papel, sacó el estilógrafo e hizo el ademán de escribir. Obraba en todo con el temor de que Montoya tuviera alguna tacha qué hacer a la naturalidad de su actitud.

El deporte favorito de Fernando González sigue siendo el de caminar a pie. Su secretario y su escribiente, cuando fué juez del circuito en Medellín, eran también valientes peatones, en honor y para gloria del filósofo y del jefe.

Mientras marchábamos hacia el Bosque de la Independencia por entre el hormiguero de la carrera séptima, se me ocurrió preguntarle:

—Y en síntesis, ¿qué deducciones has hecho del caminado bogotano?

—No me gusta: es exterior; no es centrífugo; mejor es el del Nuncio.

Supuse que la calma del bosque y el estímulo de los árboles le harían charlar mejor. Y en cuanto estuvimos sentados y tranquilos, volví a interrogarlo:

—¿Cuál es ahora tu concepto de Bogotá?

—Bogotá es buena tierra; conversan corto, como bailando. En las demás partes conversan muy largo y hacen dormir. Las mujeres tienen una voz que es una caricia material. Mucha alegría. Durante mi estada aquí se resolvió quién es el que manda, si Olaya o **El Tiempo.** Manda aquél. Esto me encanta. En Bogotá no hay **santos** sino de bigotico y caen a la primera tentación. Bogotá será Santafé el día en que Oyala "haga hombres" y ponga a Camilo Torres en donde está el Mayor Santander.

González se acuerda de que hay personas que le hacen el cargo de estar vendido al gobierno de Venezuela. Y eso es una inepcia infeliz. Por este camino se le ocurren muchas otras cosas y al fin dice, refiriéndose a las relaciones entre aquel país y Colombia:

—Hay incomprensión entre Colombia y Venezuela; pero Colombia es la que no quiere comprender. Aquí pretenden que la realidad se amolde a sus conceptos subjetivos; pretenden que una ceiba o un saman sea como un sietecueros. Y por eso, porque aquí reciben y miman a los desterrados venezolanos, es por lo que hay la libre navegación del Orinoco, y sin eso no valen los llanos de Colombia. Decir que Juan Vicente Gómez no es un hombre grande, una fuerza de la Naturaleza, es ser muy bruto, y perdonen la indirecta. En 1906 Venezuela no era nada y hoy se guarda allí a Bolívar vivo, con su espíritu continental. Venezuela es ya **una nación,** con sus modos propios, su orgullo propio y sus sistemas propios. Allí el míster se siente achicado y humilde y el sacerdote extranjero no deja que su capa la infle mucho el viento de los llanos. Para mí Venezuela es la tierra de los Bolívares y Colombia será la de los Camilos Torres o no será.

—¿Cómo ves el momento actual colombiano en lo moral, en lo intelectual y en lo artístico?

—Colombia de hoy no tiene **"moral ni luces"** (Bolívar). No hay nada, porque nadie se fecunda; nadie tiene vida interior y los que la tienen viven en la soledad, apagados por la seudo-democracia. Hay muchos que leen francés, inglés, alemán y que leen todos los libros y diarios. Pero, ¿quién se fecunda y quién produce? Como híbridos no se fecundan ni paren. Espero que el doctor Olaya se preocupe por "hacer hombres" apenas arregle esto de la pobreza. Ese hombre alto, de ojos enigmáticos y de mirar de arriba para abajo y que conversa tan sui-géneros con el Nuncio, tiene que saber cómo se "hacen hombres".

A todo hombre de letras es preciso pedirle su opinión sobre las nuevas generaciones. Es una pregunta de rigor y González se apresura a contestarla:

—Las nuevas generaciones son mejores que las del año 10. En el año 10 no hubo sino periodistas y esa es labor de obreros ciudadanos. No me gusta el periodismo sino como propaganda. Veo alma en Eduardo Londoño Villegas, León de Greiff, Ciro Mendía y Adel López Gómez. Hay muchos otros, quizá, pero yo no leo hace tres años. (Pienso tristemente que mis cositas más legibles han sido escritas justamente de tres años para acá). Es que nadie lleva bulto, nadie está lleno más que de **cam-**

bios de ministerio. En Bogotá no podrá nacer nada grande por los cafés y los diarios. Eso muele. La gran tentativa de espiritualidad la hizo Arturo Zapata con su revista Cervantes. En esta capital sólo compran retratos de ministros y congresistas, así: "Méndez Méndez abrazando a León y B." Aquí es el lugar donde más me han retratado.

Fernando González se da cuenta repentinamente de que ha dicho muchas cosas y, como temeroso, empieza a dar respuestas sintéticas:

—¿Cuál es tu ideal de lector?

—El que se lee a sí mismo.

—¿Y de espectador?

—El que no se deja dominar sino el momento necesario para penetrar en lo que ve, y luego se controla. La **contraloría** es la gran institución anímica.

—¿Qué propósitos llevas a París en cuanto se refiere a tu futura producción?

—Yo no sé lo que haré. Eso depende de muchos factores.

—¿Cuáles son tus métodos de lectura?

—Consultar; sólo leo cuando consulto. Los ojos se hicieron para ver y no para leer. Leo el original, o sea, la vida. Los libros son malas copias.

—¿Cuál es el libro colombiano que más te gusta?

—**María.** Ese judío Isaacs tenía herencia del pueblo más grande de la tierra.

Volvemos a pasear por todas las veredas del bosque. Luego salimos por la puerta que da al Paseo Bolívar. Caminamos bajo el solecito de las cinco y yo siento cierto vago temor de que a Fernando se le ocurra, por ejemplo, decir alguna barbaridad contra el general Santander con una tarde tan bella y por un camino como éste.

Pasamos frente a un alto montículo de arena rubia en cuyos declives juegan entre risas, cuatro chiquillos desnudos. Y pregunto a mi ilustre amigo, mientras miro el retozo de las criaturas.

—¿Qué opinas del nudismo como tendencia de perfeccionamiento humano?

—Adán y la joven Eva se vistieron al perder la inocencia. Sus hijos no podrán desnudarse sino al recuperarla. La palabra es la forma del pensamiento y lo es también la mímica. El espíritu se manifiesta en formas; de suerte que el vestido es consecuencia; el hombre no se perfecciona porque se desnuda, sino que se desnuda porque se perfecciona. Adquirir la perfecta inocencia es el fin de la escuela cínica a que pertenezco, y una vez que se consiga, el hombre arrojará el vestido. Pero eso no pasará en Bogotá, porque aquí hace mucho frío. Esta será eternamente la ciudad bien vestida; por eso mismo, aquí será siempre en donde la mujer sea más atrayente y deseada, pues el amor fisiológico es una tendencia irresistible al descubrimiento, una grande ansia de investigar lo oculto.

¿Qué otras cosas pensará Fernando González del amor? Seguramente muchas y muy importantes.

Pero yo amo esta empírica idea mía del amor, así como la siento ahora, bajo el místico rumor de campanas del anochecer.

Adel López Gómez

Dos meditaciones

= De *Ecos de Gloria*. Caracas =

1

Trajeron mis hermanos dos perros que me han dañado el jardín y que me destemplan los nervios: los perros son iguales a muchachos de catorce a diez y ocho años, es decir, seres odiosos.

Mi ambiente es infantil: Cuatro hijos, y perverso: Dos perros. El pasado es la base de nuestro espíritu, y el mío no es noble. ¿Qué podré llegar a ser si no he sido? ¿A qué altura podré llegar con mi pasado? Seré, pues, el hijo raquítico de mi pasado raquítico . . .

Aquí estoy en un montículo, a las ocho de la mañana, esperando lo que no sembré. Esperando pensamientos hermosos; esperando al hijo que no engendré.

El Occidente Cristiano es un pasado y un presente raquíticos que darán a luz un futuro raquítico, y yo soy como los perros que trajeron mis hermanos. . . . .

Diciembre 22-1930.

2

He sentido el premio de un ritmo lento, las ventajas de la mesura y de la propia posesión. A medida que practico este ritmo, voy siendo dueño en mí de de todas las cosas buenas; ya soy muy feliz y percibo a diez pasos la suprema felicidad que me abrasará cuando me posea totalmente.

Quizá yo pueda anunciar al hombre un paso nuevo, una danza novísima. Quizá pueda suceder que yo sea un anunciador.

A juzgar por las alegrías espirituales que amanecen en los días de mis 36 años, un niño nuevo y risueño pisará otra vez la hermosa tierra, esferoide y tibia. "Un ruido alegre de cascos hiere mi oído".

Fernando González

Caracas, octubre de 1931.

Un oprobio para América...

(*Viene de la página 24*)

El fracaso de la Guayana, como penal, es ya irremediable. Su establecimiento, en 1851, estaba bien inspirado. Se fundaba en la santa idea de que la mayoría de los delincuentes pueden regenerarse. Se trataba de rehabilitarlos por el trabajo y por el olvido gradual de sus culpas. Francia se quitaba de encima mucha carne de presidio y, de paso, poblaba una colonia y desenvolvía la riqueza de su territorio. Eso se llama querer matar varios pájaros de un tiro.

Desgraciadamente, no ha matado ninguno. Es decir, peor que eso; sólo ha matado la buena idea redentora. No se ha redimido a nadie y, al cabo de sesenta años de experiencia, pocos de los que la han vivido creen en la reformabilidad del delincuente. Y, menos que nadie, el propio Estado francés, cuando, en rigor, sólo debiera dejar de creer en sí mismo como reformador de hombres.

Es posible que haya fracasado el delincuente de la Guayana como sujeto de regeneración, aunque muchos datos aportados por Londres y Menéndez Valdés, sobre la nobleza, la fidelidad y la honradez de algunos reclusos, contradicen con frecuencia ese supuesto; pero quien ha fracasado rotundamente, sin ningún género de duda, es el Estado francés como colonizador penalista. En sesenta años, sólo ha abierto a través de las selvas de la Guayana una carretera de un par de docenas de kilómetros. La Guayana no ha podido elevarse a colonia de hombres libres; sigue siendo un penal de esclavos pervertidos, uno de los penales más vergonzosos del planeta.

En un territorio que tiene una tercera parte de la extensión de Francia, sólo hay unos 25.000 habitantes. A pesar de su riqueza forestal. A pesar de sus placeres de oro. En 1914, la población penal era de unos 9000 entre transportados, relegados y cumplidos. Hoy debe ser bastante mayor: la guerra aumentó considerablemente la criminalidad. Transportados se llama a los que están cumpliendo condena. Relegados, a los que la están cumpliendo por partida doble o a perpetuidad. Pocos saben, fuera de la Guayana, lo que es el "doublage". Algo monstruoso. Lo siguiente: Cuando la pena es de cinco a siete años de trabajos forzados, a su expiración se dobla, hay que penar de cinco a siete años más. Si la **condena pasa** de s.. años, entonces ni siquiera se dobla, se hace perpetua. ¿Por qué? ¿Porque no está bastante corregido el delincuente? ¿Porque se espera acabar de regenerarlo? ¡Simplezas! Sencillamente porque hay que seguir explotándole hasta su muerte o hasta que se evada, que es lo más raro.

El preso de la Guayana es un esclavo que ha de hacer su estéreo diario, que es cortar un metro cúbico de madera, para el Estado francés. Ese metro cúbico de madera valdrá, sobre el terreno, unos ocho francos; pero según Menéndez Valdés, para hacer su tasa diaria un forzado tumba y destroza cuatro o seis árboles que en Europa, sobre pie, valdrían trescientas pesetas. Se esclaviza al hombre, se destruyen los grandes bosques tropicales y el Estado francés obtiene por todo ello una miseria, que no basta para el sostenimiento del penal: la Guayana le cuesta al erario de Francia unos cuantos millares de francos anuales. ¡Brillante balance de un sistema de colonización!

Virtualmente la libertad no le llega nunca al forzado de la Guayana, porque

la mayoría, con el sistema del "doublage", están condenados a reclusión perpetua. Pero aunque logre cumplir la pena y su "doublage", cuando es menor de siete años, su condición no sólo no mejora, sino que se agrava. Se le pone en libertad, sí; ¡pero en qué libertad! No se le dan medios económicos para abandonar el territorio y él, esclavo durante diez a catorce años, no ha podido reunirlos. Ni se le permite incorporarse a la población de Cayena, la capital, de San Lorenzo del Maroni o de otro lugar habitable. Es un paria, un proscripto sin derecho a residir en una comunidad civilizada. Se le deja en libertad, pero lejos de la colonia y del presidio, en el límite de éste con la selva primigenia. Si quiere volver al mundo, que atraviese cientos de kilómetros de maleza virgen, poblada de alimañas hambrientas, de terreno pantanoso, poblado de fiebres mortíferas, hasta llegar a las Guayanas vecinas, al Brasil o a Venezuela. La alternativa es morirse de hambre, ya libre, al borde de la manigua, o matar a un compañero para acogerse otra vez al pan y al techo de la reclusión. Muchos matan sencillamente por volver a la vida de presidio. Así se regenera a los forzados de la Guayana.

Pero lo normal es que mueran cumpliendo la condena, por ser perpetua o porque acabe con ellos el anquilóstomo, el gusanillo devorador de intestinos, que ataca a casi todos los penados. También la tuberculosis, la lepra, y la locura hacen estragos. Y las rivalidades personales, casi siempre por motivos de homo-sexualismo, una de las plagas más ignominiosas para el penal: la degeneración sexual está generalizada. Y de la depravación de todos los instintos no se salva casi nadie, gracias a un régimen de promiscuidad cuya ley es la degradación fatal de los redimibles al plano de los incorregibles.

¿Reformar el régimen penitenciario de la Guayana? No, monsieur Albert Londres, sino suprimirlo de raíz. Francia no gana nada con ese presidio y pierde mucho. Pierde muchos millones anuales. Pierde mucho prestigio como nación colonizadora y humanitaria. Esa colonia penal es un fracaso que la deshonra y deshonra a toda América. En 1924, la matrícula de los penados que habían pasado por la Guayana Francesa alcanzaba el número de 47.000. Y la colonia estaba casi como el primer día. Es decir, peor; roída de criminalidad y de los vicios más repugnantes hasta el tuétano y royendo, por el vehículo de los que se evaden — empresa hercúlea, pero no imposible, como lo prueba la evasión de Manuel Menéndez Valdés—, los países de América donde se refugian. Las tres Guayanas europeas, son, como otros residuos coloniales de América, espinas clavadas en la libertad de ese Continente. Pero la Guayana Francesa es, además, un cáncer afrentoso que está pidiendo urgentemente la intervención quirúrgica. Por higiene internacional. Y por el decoro de América, mancillado con esa supervivencia de la esclavitud, en su forma más intolerable: como esclavitud de Estado.

Luis Araquistain

Madrid, octubre del 31.

Bibliografía titular

(Registro semanal, extractos y referencias de los libros y folletos que se reciban de los Autores y de las Casas editoras)

De los autores costarricenses:

Teodoro Picado Michalski: *La victoria del Vístula*. Estudio histórico. San Jose, Costa Rica, 1931.

Moisés Vincenzi: *La Rosalía*. Novela picaresca de gitanos, escrita en forma arcaica. San José, Costa Rica, 1931.

Moisés Vincenzi: *El caso Nietzche*. Apuntes para un estudio del método filosófico de Nietzche. San José, Costa Rica, 1930.

Moisés Vincenzi: *Metodología de la composición*. San José, Costa Rica, 1930.

Presbítero Víctor Sanabria M.: *Ultimos años de la Orden Franciscana en Costa Rica*. 1931.

Alfonsina Storni nos remite *Dos farsas pirotécnicas*. COOPERATIVA Editorial. Buenos Aires:

Una se titula: *Cimbelina en 1900 y pico*. Farsa en prosa en 6 actos breves, un prólogo y un epílogo.

Otra se titula: *Polixena y la cocinerita*. Farsa trágica en prosa y verso. En un acto y un epílogo.

Con la autora: Rivadavia 950. Buenos Aires, Rep. Argentina.

Deliciosas. Nos tocó el ejemplar 075.

Cortesía de otros autores:

Andrés S. del Pozo (Francia 70, San Nicolás. Rep. Argentina): *La Fuente*. Poemas. Editorial TOR. Buenos Aires.

Pedro Juan Labarthe (546 W. 147th. Str. New York City): *The Son of two Nations* The private life of a Columbia student. New Yok, 1931.

Eduardo Ubaldo Genta (Duilio 1414. Villa Dolores, Montevideo, Uruguay): *El Vigía*. Poemas. Imp. URUGUAYA. Montevideo, 1930.

Jorge García Granados, Guatemala: *Evolución sociológica de Guatemala*. Ensayo sobre el gobierno del Dr. Mariano Gálvez. Guatemala, C. A.

César E. Arroyo: *Manuel Ugarte*. Editorial LE LIVRE LIBRE. París, 1931.

Jorge Basadre (Adams House. (Randolph Hall) Harvard University, Cambridge, Mass. U. S. A.): *Perú: Problema y Posibilidad*. Ensayo de una síntesis de la evolución histórica del Perú, Lima, 1931.

E. de Salterain y Herrera (Médanos 1274 Montevideo, Uruguay): *La clase*. Apuntes de un profesor. Editorial LE LIVRE LIBRE, París, 1931.

Mario Verdaguer, Barcelona: *La mujer de los cuatro fantasmas*. Novela. Ediciones MENTORA, Barcelona.

Enéas Lintz (S. Francisco Xavier, 420-Sob. Rio de Janeiro, Brasil): *Evolucionismo ou selecçao natural na sociedade*. 1931, Rio de Janeiro.

Frco. J. Siero Rojas: *La profesía de Diriangen*. Tragedia indígena en seis cuadros y en prosa rimada. Diriamba, Nicaragua.

Braulio Mate: *El mundo en quiebra*. Buenos Aires, 1931.

Lázaro Liacho (Loria 249. Lomas. Prov. de Buenos Aires. Rep. Argentina): *Bocado de pan*. Editorial INTI. Buenos Aires.

Epifanio Fernández Vanga (San Juan de Puerto Rico): *El idioma de Puerto Rico y el idioma escolar de Puerto Rico*. San Juan de P. R. 1931.

Julio César Ramos (Mercaderes a Zorda 22. Caracas, Venezuela): *Ruleta zodiacal*. Cuentos y juglarías. Editorial ELITE. Caracas, 1931.

Ada Pérez Guevara (Norte 6 No. 127. Caracas, Venezuela): *Horizontes*. Versos. Editorial ELITE, Caracas, 1931.

Magda Portal (Apartado 2143, Lima, Perú): *América Latina frente al imperialismo y defensa de la Revolución mexicana*. Editorial CAUHUIDE. Lima. 1931.

Eduardo F. Rivas (66-532. La Plata. Rep. Argentina): *Primera vendimia*. Edición de BASES. La Plata, 1931.

Martín Paz (Belisario Dominguez 70, Departamento G. México, D. F.): *Iniciales*. Poemas de Clementina Suárez, Lamberto Alarcón, Martín Paz y Emilio Cisneros Canto Editorial LIBROS MEXICANOS, México, 1931

Nuestro amigo Emilio Roig de Leuchsenring nos ha remitido:

La dominación inglesa en la Habana. Libro de Cabildos 1762-1763. Edición oficial publicada por iniciativa del Alcalde de la Habana Dr. Miguel Mariano Gómez y Arias. Con un prefacio de Emilio Roig de Leuchsenring, comisionado intermunicipal de la Habana. La Habana, 1931.

Don Camilo Barcia Trelles, de la Universidad de Valladolid, España, y gran amigo de nuestra América, ha publicado en la Editorial MUNDO LATINO de Madrid, esta obra importante:

Doctrina de Monroe y Cooperación Internacional. Primera parte: *Prehistoria de la Doctrina Monroe* (1519-1823). Segunda parte: *Articulación y extensión de la Doctrina Monroe* (1823-1827). Tercera parte: *La Doctrina Monroe y el Pacto de la Sociedad de la Naciones*. Cuarta parte: *Los Estados Unidos y el Tribunal Permanente de Justicia Internacional*. Quinta Parte: *El Pacto Kellog y el problema de la paz y la Doctrina de Monroe*. Sexta parte: *El dilema del nuevo mundo. La Doctrina Monroe en las relaciones interamericanas*.

De Carlos Vicuña (José Arrieta 92, Santiago de Chile):

Ante la Corte Marcial. Defensa oral del autor ante el Tribunal Militar reunido en Talcahuano en Diciembre de 1930 para juzgar al General Bravo y demás expedicionarios del avión Doce de Octubre, por la tentativa revolucionaria del Regimiento Chacabuco. Editorial NASCIMENTO. Stgo. de Chile, 1931.

Extractos y otras referencias de estas obras, se darán en ediciones próximas.

El parlamentarismo a "la" siglo diez y nueve

= De *Crisol*. Madrid =

Me han devuelto ya dos artículos que envié al Crisol. Comprendo que el amigo Lorenzo tiene sus razones. Está en la brecha; yo, lejos. No me quejo, pero desearía mucho que se publicara este tercero. Soy, a menudo, lo que los ingleses llaman un "disenter"—disiento de lo que me rodea—. El tiempo me da la razón y me hace volver más agresivo. Además, llevo una vida entera de "trabajos forzados" para levantar el nivel intelectual de nuestra gente. ¿No lo véis? Trabajo, viajo, escribo sin cesar. Si a los cincuenta años de esta vida no tengo derecho de decir lo que pienso cada tres meses, mejor es que partamos peras yo y mi pueblo. Pero vamos al grano.

Soy enteramente enemigo del parlamentarismo renaciendo en España. Antes, mucho antes de la revolución española, vertía estas convicciones en el **Repertorio Americano,** el único periódico hospitalario de nuestra raza. Decía a los americanos: "Dejad a las dictaduras; caerán por sí solas; lo urgente es pensar lo que hay que poner después, sobre todo lo que no hay que poner, esto es, un **parlamentarismo a la siglo diez y nueve".** Vino la revolución española, y me apresuré a gritarlo desde el Crisol: "¡Cuidado con retroceder al parlamentarismo a la siglo diez y nueve!"

Ya sé que el remedio de los malos Parlamentos es un mejor Parlamento. Ya sé que no podemos nunca pasarnos de una Asamblea representativa. Ya sé que los reaccionarios dirán, para defender la dictadura, que el parlamentarismo es planta exótica en los países latinos. Todos son argumentos de café; el Parlamento es inevitable, pero no un Parlamento "a lo siglo diez y nueve". Quiero decir, una Asamblea deliberante que dogmatiza improvisando una solución sobre cualquier cosa porque lo vota la mayoría.

Los Parlamentos de este tipo son tan anacrónicos en los países anglosajones como en los países latinos. Quisiera tener espacio para poder explicar la transformación del Parlamento americano desde Roosevelt hasta hoy. Pero, sin ir tan lejos, en lo que llevamos de siglo se han creado dos organismos estatales de tipo nuevo: la Sociedad de las Naciones por la burguesía capitalista y la Federación de Repúblicas de los Soviets por el proletariado. Y ambos se gobiernan del mismo modo. Un consejo asesorado por Comités técnicos y fiscalizado por una Asamblea que elige los miembros del Consejo. Cuando se pidió a la Academia de Jurisprudencia de París que hiciera un proyecto para el régimen de la Federación europea, no pudo imaginar nada mejor.

Uno de los artículos que envié al Crisol, y que se me devolvió por improcedente, tenía por título: "La Constitución del 1945. La del sentido común". Empezaba así:

"Análogo el Estado moderno a una sociedad anónima, los ciudadanos, como accionistas, enviarán sus representantes o apoderados a una Asamblea, que se reunirá por un período de treinta días, en una ciudad diferente cada año. La Asamblea de representantes nombrará su Consejo de ministros y aprobará las listas de expertos-técnicos de cada ministerio.

El Consejo de ministros repartirá, con dos meses de anticipación a la Asamblea, una memoria-informe en estilo claro y preciso, dando cuenta de su labor durante el año pasado y proponiendo un programa de gobierno para el año próximo. La Asamblea de representantes aprobará o condenará la acción del Consejo con un voto de confianza o de censura. En este último caso, la Asamblea nombrará otro Consejo de ministros. Este propondrá un nuevo programa de gobierno con otro presupuesto, que serán votados antes de terminar las sesiones de la Asamblea. Si la Asamblea no puede ponerse de acuerdo para nombrar por mayoría otro Consejo y el Consejo no llega a formular otro programa y otro presupuesto, continuarán rigiendo automáticamente los del año anterior.

Los consejeros o ministros serán diez, y sus departamentos: Hacienda, Sanidad, Instrucción, Comunicaciones, Defensa, Policía, Exterior, Agricultura y Trabajo. El Consejo será presidido por el presidente de la Asamblea de representantes, que llevará el título de presidente de la República.

Las resoluciones del Consejo tendrán fuerza de ley en el momento que el presidente las autorice con su firma. Si el presidente veta una decisión del Consejo, éste podrá proponerla por segunda vez en el término de diez días; pero si el presidente mantiene su veto, el asunto tendrá que votarse por la Asamblea de representantes en primavera.

Cada consejero o ministro será asesorado por una Comisión de cinco expertos-técnicos propuestos por los ministros y aprobados por la Asamblea de representantes. No será necesario ser ciudadano ni tener ningún título para el cargo de experto-técnico. Los consejeros o ministros no podrán llevar al Consejo de ministros sino aquellos proyectos que hayan sido aprobados por su Comisión de expertos-técnicos.

Tanto la interpretación de esta Constitución como la resolución de las divergencias que puedan ocurrir entre la Asamblea de representantes y su Consejo de ministros y entre los ministros y sus Comisiones de expertos-técnicos serán resueltas por un Tribunal nacional compuesto de cinco jueces elegidos por la Asamblea de representantes. Los cargos de jueces del Tribunal nacional serán vitalicios y no será necesario para desempeñarlos títulos ni experiencia jurídica, más que la capacidad de hombría de bien. Las decisiones del Tribunal nacional formarán jurisprudencia y serán consideradas como apéndices a esta Constitución".

Esto proponía yo hace tres meses. ¡Es infantil, ya lo sé! Otras cosas más importantes tengo yo que hacer que Constituciones; además a mí nadie me ha pedido ni elegido para que hiciera una Constitución. Pero, por lo menos, "mi" Constitución refleja algo del estatismo moderno, que es inevitable doquier en el mundo.

Imagínese con qué hiel escribo ahora. He visto llegar, día tras día, periódicos llenos de discursos. En esta espuma se ha desvanecido el ímpetu de la Revolución. ¡Cuántos hombres caídos! ¡Cuántos prestigios liquidados! Ni tan sólo hemos tenido suerte de que haya aparecido en este espectáculo—el más nacional—un diestro nuevo. Algunos han pronunciado buenos "discursos de escritor"; pero no se ha oído retumbar el trueno de un Sinaí. Orador es aquel que convence sin tener razón. Demóstenes defendía un mal pleito. Si en la Asamblea Constituyente hubiera habido un buen orador, hubiese parecido trucha en un estanque de carpas.

El interés para la Asamblea ha desaparecido. Todos deseamos que acabe, y los mismos asambleístas brillan por su ausencia. Muchos no quieren ser reelegidos. Volverá a ser moda de un aristocraticismo literario no querer ser diputado. ¡Qué lejana aquella esperanza cuando se oía comparar nuestra Asamblea con la de Weimar! Se pensaba llevar a El Escorial para que tuviera un ambiente castizo. Se pensaba sustituir el palacio del Congreso—¡poco digno!—por otro, que costaría sólo cinco millones. ¡Qué risa!

El Parlamento ha manifestado sólo la capacidad de un hombre digno de su cargo—¡pobre Julián Besteiro!—. Pero ¡cuántas incapacidades! Además tenemos una Constitución. ¿Dónde está? ¿En el papel o en el corazón de los ciudadanos? En Cataluña ya la definieron como redactada en la embriaguez del sueño.

En fin: sus señorías, entre sueños y vigilias, han votado este documento y con él habremos de manejarnos media docena de años. Pero no era mucho más sensato hacer lo que yo proponía en mayo. Decía: "Mándense tres Comisiones a estudiar las Constituciones modernas al extranjero, y después formen, reunidas, la ponencia que redacte la Constitución". Cuántas veces en estas sesiones nocturnas los ponentes debían decirse unos a otros, como aquellos padrinos que fueron a bautizar a un chico con la cabeza turbia, sin saber qué nombre ponerle:

—¿Y si le pusiéramos Pablo?

—¿Y si le llamáramos Pedro?

—¡Llamadlo Pocavergüenza!—dijo el padre, ofendido.

El padre aquí soy yo, y conmigo la mayoría de los españoles.

José Pijoán

Ideales

= Envío del autor =

Nos dice Deambrosis Martins, en carta reciente de París:

"... a Marcelino Valencia, joven abogado y escritor colombiano, al que el futuro le reserva los más nobles lauros espirituales.

"Valencia está ahora en París; frecuenta el círculo de **La Antorcha** de nuestro Vanconcelos; manda sus observaciones a la prensa de Colombia; viaja, se especializa en la Sorbona; cultiva el comercio de las letras francesas; se escapa hasta España para regresar luego, una y otra vez, a París. Es un espíritu cordial, sensitivo artista delicado. El le escribe hoy a Ud. llevado por su devoción y cariño al **Repertorio**, del que todos nos sentimos un poco "como del propio patio".

El arte por la idea, la ciencia por la vida. Lo bueno es bello; lo malo es feo.

Esta definición del bien y del mal, puesta en frases musicales por Sienkievicz en boca de Petronio, el bardo romano, se halla dentro de la ciencia y el arte.

Los sectarios de Brahma, los budistas, los sabios chinos, los israelitas y los estoicos griegos, como lo hace notar Tolstoy, habían ya arribado a conclusiones análogas. A pesar de ello, es una novedad el repetir lo que se dijo hace millares de años.

¿El drama por el drama? No; el drama por la vida; es decir, el drama por la idea. Lo demás será asunto de feria, espectáculo de circo, negocio, nada más que negocio; a lo sumo goce infecundo, placer de solitarios.

Hay que hacerse hombre para saber hablar a los hombres. Y no es manejando títeres con mayor o menor habilidad escenográfica, títeres bien vestidos, ridículos o solemnes, como se llevará a cabo obra duradera. Hay que echarse en la vida, bracear en el oleaje tempestuoso o sereno con alma enérgica y músculo férreo, sin adular a minorías privilegiadas o a minorías sin criterio, para poder realizar obras de verdadero arte y de verdadera ciencia. "La falsa situación que ocupan en nuestra sociedad la ciencia y el arte—dice Tolstoy—demuestran solamente que los hombres que se llaman civilizados, con los sabios y los artistas al frente, forman una casta con todos los vicios inherentes a ella, sin contar con que los que defienden el falso principio de la ciencia por la ciencia y el arte por el arte, vense obligados a demostrar que esas dos ramas de nuestra actividad son necesarias y buenas para la humanidad". Así, pues, para ser adeptos de la ciencia y del arte, hay que interesarse por el bien de la humanidad.

En **El Ideal del Arte,** Taine escribe al respecto en esta forma: "El arte sólo vive de preocupaciones grandes, lo que le rebaja es la debilidad del sentimiento. Por lo tanto, las obras que expresan un carácter bienhechor serán superiores a las obras que expresen un carácter malhechor. Aquellas forman parte del museo definitivo del pensamiento humano.

Y considerando al hombre físico con las artes que lo manifiestan, agrega el mismo autor, las obras serán más o menos bellas, según que expresen más o menos completamente los caracteres, cuya presencia constituye un beneficio para el cuerpo. Así el arte es superior cuando "tomando por objeto la naturaleza, manifiesta, ya una porción profunda de su fondo íntimo, ya algún momento superior a su desarrollo".

Por su parte el bárbaro de Nietzche, que yerra tantas veces como acierta, exclama, arrebatado en **El Crepúsculo de los Idolos:** "El arte es el gran estímulo de la vida. ¿Cómo podría entonces llamarse sin fin, sin objeto? El arte por el arte es una serpiente que se muerde la cola".

Y no se diga que esto sea reducir el campo del poeta a quien hoy y siempre se ha exigido pensamiento pese a los vacíos y arlequinescos orquestadores de palabras sin sentido, la legión de artificios innocuos, la banda de incolores parlanchines que flotan sobre el limo dejado en la corriente del tiempo por todas las literaturas.

Aquí de estas perfumadas palabras de Maeterlinck: "Siempre me ha parecido que el anciano que vegeta en un sillón sorprendiendo en las cosas que le rodean las leyes eternas de la vida, vive en realidad más intensamente que el amante que estrangula a su querida, que el militar que logra una victoria y que el esposo que venga su honor".

Es ya tiempo de abandonar en el olvido las sombras de los pretendidos trovadores que no supieron cantarse solos como Cyrano; y las de esos ambiciosos indignos de ser alabados como el pobre Reichstag, sin más títulos a la consideración de su época que el que pueden presentar sus abolengos sangrientos.

¡Poetas!, ¡artistas!, ¡lanzad las cuadrigas de vuestras estrofas en pos del dolor actual, que es el dolor de todos, ese dolor que irrumpe a gritos de las estepas de Rusia, de los muros de Montjuich, de las guillotinas de Francia, de las horcas de Chicago, de las mazmorras de Venezuela!

¡Escribid la epopeya de la nueva idea! Cantad la gloria de la luz triunfal en medio de las espesas nieblas formadas por la tiranía!

¡Habladle a la humanidad atormentada!

Marcelino Valencia

París 1932.

Antonio Heras y su obra

= *Colaboración directa* =

Antonio Heras es un hombre absurdo y sentimental. Yo sé que existe porque he devanado con él el ovillo gris de nuestros sueños junto a los lagos burgueses de Minnesota, en el Campus de Chicago, en el Prado de Madrid y en las soleadas playas de los Angeles. Antonio nació en Ciudad Real y es descendiente de D. Alonso Quijano, o Quijada, y como a este señor se le ha metido en la cabeza que todavía hay Dulcineas por el mundo y que basta la bondad y el ideal para solucionar los problemas arduos de la vida. Siempre que Antonio me habla de estas cosas yo sonrío con un espanto indecible y me pregunto por qué milagro del destino puede andar este hombre tan campante y tan limpio por lodazales, municipios; trepar hasta un vigésimo piso en un frío ascensor, comer waffles en una cafetería, subir a un tranvía lleno de polvo y de negros, capear automóviles, enseñar la complicada sinrazón de los subjuntivos. Porque Antonio Heras tiene la camisa tan limpia como el alma y se diría que entrega todas las tardes sus pensares a esos chinos fantásticos para que los pasen por legías y lavazas de encantamiento.

Antonio usa unos lentes enormes y sombrero calañés. Detrás de los cristales los ojos grandes, negros, redondos, dicen mansedumbres azorinescas y abren de vez en cuando paréntesis de interrogación. Son ojos arábigo-andaluces. Las cejas se las hizo un pintor truculento. La nariz parece obra de escultor sensiblemente exagerado. Antonio pone tanto esmero en su limpieza que en estos últimos años el cabello se le ha puesto más blanco y los zapatos más negros. Como buen español mira con osadía de timidez y tiene un liviano y temeroso andar. De vez en cuando retrocede treinta años y da unos saltitos ágiles por esas calles; luego se detiene, alza los brazos y descabeza una frase cordial.

Le conocí en Minneapolis hace ya diez años. Daba entonces él unas conferencias sobre escritores españoles del siglo XIX; dividía sus conferencias en tres partes: el ambiente, el hombre, el poeta. Tomaba notas en pedacitos de papel. Hablaba bien de Pereda, la Pardo Bazán y Baroja, cosa que nunca he comprendido bien. Por las tardes salíamos a vagar por la orilla del río y ya de noche Antonio se encerraba en su cuarto a escribir cuentos y novelas. Ahora vive en los Angeles; es una especie de potentado de la pedagogía; come bien, anda en taxímetro, no se ha casado todavía.

Antonio Heras ha escrito ya siete libros; todos publicados en Madrid; y en España casi no se le conoce. A veces se queja Antonio: "Mis libros no se venden". Y yo le digo: "¿Por qué se habían de vender, amigo Antonio? Y yo pienso que para vender libros en nuestros países hay que ser panadero, tartamudo, mujer o judío. El primer libro de Antonio es lírico, y se llama **De las Horas Vividas.** No me consta que Antonio haya vivido estas horas afuera, pero sí adentro, a raíz de alma. Por entonces leía a Juan Ramón y su cielo estaba florido de lunas, su jardín de violetas, su crepúsculo de campanas:

> En el cielo de violeta
> se abre la luna dorada,
> se abre la luna y sonríe
> sobre las aguas.
> La brisa empuja una lenta
> procesión de velas blancas
> en un mar loco de ritmos,
> florido de espumas. . . Pasa,
> dulce, suave, un aroma
> de recuerdos por mi alma.
> En la torre del poblacho
> con la tarde que desmaya,
> languidece la oración
> de las campanas.

En **Andanzas y divagaciones** está la fiebre de los pies españoles de todos los tiempos andarines, desorbitados, lazarillos. La poesía de los caminos se le clava a Antonio en el alma como espina de rosa y sale a andar por ellos, atento el ojo detrás de los lentes y pensando: "Si yo fuese poeta, escribiría el elogio de estos caminitos humildes, estrechos, sinuosos"... La ola del mar le atrae como la pupila azul de la mujer y después de describirnos con cierta melancolía a la dama que mira al mar, se sienta junto a éste, con un libro entre las manos. Le interesan las cosas, el paisaje y los hombres, las mujeres más bien. Así es como nos habla de Mary Wood, ensueño roto, trizado cristal de emoción, hada de cuentos en brutal realidad de la mujer del trapecio, que hemos admirado todos, siendo niños: de Malou y Paulette; de las benedictinas; de la vecina del balcón...

Desfile de sombras es un libro de cuentos vigorosos. Anotamos entre otros **Manroba**, tremenda figura de bandido disfrazada bajo la capa de la devoción picaresca; **El señor Fiscal**, en que se nos presenta al hombre que asesinó su vida, pero que tiene el valor estupendo de aceptar su destino; **Carmencita**, lleno de tristeza provinciana, de Villatediosa. Carmencita es víctima de dos desalmados, su padre y su novio, y de la tradición bárbara de nuestros pueblos.

De la vida norteamericana constituye una especie de paréntesis en la obra literaria de Antonio Heras. Es de todos sus libros el que ha alcanzado más popularidad, tanto en España como en América. Hay mucha verdad en la descripción de la vida de este país y aunque no sofística al modo de Maurois ni de Camba, sale de las cosas y de la gente, no de la interpretación del autor, un humorismo simpático. Heras ha viajado mucho por los Estados Unidos; ha vivido aquí quince años; ha dictado cursos en diez Universidades; usa lentes biconvexos. Su espíritu de observación es fino y se expresa en forma regocijada; pica y no saca sangre. He aquí lo que ve en un tren:

> "De tiempo en tiempo, el trainboy nos ofrece diarios, revistas, libros, frutas, helados, bombones. En el fumador unos señores de aspecto clerical dialogan misteriosamente, mientras en la plataforma-observatorio se oye la charla incesante de unas maestritas que van a estudiar, durante los meses de estío, a la Universidad de Chicago. El portero, un negrazo enorme, de aspecto bonachón, va y viene solícito de un lado para otro; resuelve la consulta de aquella dama que acaba de hacer sonar el timbre; avisa al viajero que ha de bajar en la estación próxima, le cepilla de alto a bajo y carga con su equipaje; recoge los abrigos de estas señoras que acaban de entrar, y guarda sus sombreros, cuidadosamente, en grandes bolsas de papel".

Y con esta maestría humilde sigue describiendo personas, hoteles, calles, tiendas, ciudades y cuanto Dios crió. Y aunque de vez en cuando su sonrisa bonachona se torna aguja fina, los americanos leen sus impresiones y se deleitan con ellas traduciéndolas al inglés y comentándolas en revistas como Literary Digest, cuya tirada alcanza a varios millones.

La Sombra de la Ciudad es la primera novela de nuestro autor. Novela de poeta antes que de novelista. Bien escrita, lírica, romántica en el fondo. Se trata de un joven español que en su peregrinaje—otra vez los caminos—por Europa se detiene un año en el colegio de Clairmont, en Normandía. Allí conoce a una joven francesa y se enamora de ella. Los remordimientos le enturbian la pureza de este amor, pues ha dejado novia en su cidad natal en España. Por motivos ajenos a su voluntad vuelve a la patria. Renace el viejo amor; la novia española enferma de un mal incurable y decide retirarse a un convento. Listo va para volver a Francia, en plena guerra europea, le traen una carta. Viene fechada en París, y es de René Lautier. En ella le informa lacónicamente de que su hermana Blanca—la novia francesa—murió, hace ya cerca de dos meses, en un hospital próximo a la línea de fuego. El héroe—y con él Antonio Heras —culpa de todo esto a la ciudad, a la sombra de la ciudad. En verdad no vemos por qué razón. Nosotros culparíamos a la vida, a la fatalidad de la vida. Antonio se aprovecha de esta trama romántica para darnos fieles cuadros de paisajes normandos, de calles parisinas, de ciudades españolas. **La Sombra de la Ciudad** encaja muy bien en la concepción de novela contemporánea, un tanto inorgánica, un tanto autobiográfica, un tanto discursiva.

Las Huellas de los días se titula el

segundo libro de versos de Heras. Observad que entre éste y el primero hay una estricta relación de títulos. En esta obra Antonio se supera. Vuelve sus lentes hacia adentro:

¿En qué rico y profundo manantial
fuistéis a hallar
la frescura y la savia,
raíces de mi alma?

Concretando su lirismo se torna "imagista":

El brazo fino y blanco extiende
y contra el cielo de la tarde se destaca
como antorcha de nieve.

Y pone punto final a sus ensueños y a sus realidades con un gesto racial, eminentemente español:

Oh, destino cruel,
trágicamente bello
el de flotar sobre un grano de arena
en el mar infinito del misterio.

En el **Laberinto de los espejos** se afirman las cualidades ya apuntadas y se revela mejor la nota humorística del autor, aunque de vez en cuando aparece lo que Unamuno llama el sentimiento trágico de la vida.

Ahora Antonio se detiene en medio del camino. Con gesto pedagógico y doctoral autoriza una edición escolar de sus obras. La prepara el profesor Rosenberg y la publica la Universidad de Chicago. Edición americana; pastas en amarillo y rojo, papel superior, retrato del autor: **Horas vividas.** Y ahora me asalta un miedo terrible de ver este libro amarillo rojo en manos de señoritas universitarias, tan remotas del humilde romanticismo de Antonio, y en manos robustas de heroicos atletas.

En los Angeles, esa ciudad, vive Antonio Heras, atalayero del silencio, antena de lirismo, flor de andantes caballeros españoles.

Arturo Torres Rioseco

San Francisco, Calif. 1931.

El alma de las palabras

= Envío del autor =

5

El Tiempo? El Espacio? Dos dimensiones? Una sola? Qué es el uno, qué el otro? Los filósofos se han secado los sesos en esa eterna discusión. Y esa eterna discusión está hoy de moda. No obstante la sabiduría popular, ya de antiguo, había abarcado el problema. La idea de movimiento, en el espacio, fué recogida por la ciencia popular para referirla a la inestabilidad del tiempo. Buena cita esta para nuestro talentoso Vincenzi.

Momento no es otra cosa que contracción de **movimentum** La contracción existió ya en el latín. Pero lo importante es que el término se deriva del verbo **moveo** (yo me muevo); en el espacio o en el tiempo? Antes en el espacio, hoy en el tiempo.

Y la palabra instante, si se analiza, nos da el mismo procedimiento de asimilación entre las nociones espacio y tiempo. **Instantem** (acusativo) es participio activo del verbo **insto** (de in-Sto, estar), yo estoy o me hallo en o sobre. Instante fué adjetivo: lo que comienza, fué su significado.

Tempus Instans, se dijo primero, la idea de espacio se asimila también al tiempo.

Fin de año 1931.

6

Conviene a los maestros saber que el verbo latino **legere,** que a través de cambios fonéticos dió el castellano **leer,** contuvo primitivamente la idea de **reunir.** Reunir las letras, las sílabas, las palabras, dicen algunos etimologistas; pero el maestro debe interpretar este vocablo como acción de reunir ideas, sea, de hacer una inteligencia, ya que inteligencia no es sino el producto de esa recolección, derivado también de **legere.** Inteligencia es sustantivo verbal, compuesto con el prefijo **inter,** y denota, pues, históricamente la acción de recoger dentro de sí. Leer e inteligencia tienen parentesco estrecho tanto en la pedagogía como en la historia del lenguaje.

——

También interesa a los maestros saber que **maestro (magistrum)** se deriva de **magis — mas,** pariente desde luego de **magnun — grande.** El maestro es el grande. El maestro ha de conservarse, pues, a la altura del grande hombre, si es que desea ser **maestro.**

——

Pagar es para nuestro pueblo **quedar en paz.** Esa misma significación es la primitiva del verbo pagar. Del sustantivo **pacem,** el latín había formado el verbo **pacare** (calmar, apaciguar, satisfacer) que junto con los cambios fonéticos, experimentó el de especialización, quedando reducido al significado de satisfacer a un acreedor, **pagar.** Pagar, derivado de paz no es otra cosa que quedar en paz, ponerse en paz, tal como lo siente nuestro pueblo.

Crisóstomus

Día de Reyes, 1932.

EDITOR:
J. García Monge
Correos: Letra X

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Suscrición mensual, ₡2.00
EXTERIOR: { El semestre, $ 3.00 / El año, $ 5.00 o. am.
Giro bancario sobre Nueva York.

LO QUE ESTA OCURRIENDO EN CUBA

Carta de fin de año

La Habana, diciembre 31, 1931.

Sr. Don Joaquín García Monge,
San José de Costa Rica,

Muy admirado compañero:

América sabe—y en buena parte por la obra e j e m p l a r del **Repertorio**—lo que ocurre en Venezuela. Ignora aún lo que pasa en Cuba. Y en la Habana, en Camagüey, en Santiago, se vive ahora la misma existencia trágica, desesperada, horrible, que se vive en Caracas. Como en la tierra de Bolívar mandan en la de Martí hombres sombríos, sin escrúpulos en la depredación, sin límites en la crueldad. Vengo ahora de la cabecera de Carmen Ituarte de Alpízar. Es una brava mujer criolla que está sufriendo el más hondo de los dolores. A Carmen Ituarte le han asesinado hace una semana su único hijo, el estudiante de Medicina Félix Alpízar, muchacho valentísimo, implacable en su acción contra el crimen machadista. El hecho ocurrió así: La Dictadura ordenó —porque a estas cosas se ha llegado— la publicación en toda la prensa habanera de una nota firmada por el Capitán Calvo, Jefe de la Sección de Expertos de la Policía Nacional, en la que se ofrecía premio de quinientos pesos al que entregara vivos o muertos a los líderes estudiantiles Rubén León y Félix E. Alpízar. Hecho el ofrecimiento, se lanzó a las calles una jauría de "mazorquistas" con la orden precisa de matar al primer encuentro a los dos valerosos muchachos. Alpízar salía la noche del 23 de la casa de una compañera enferma. Un "experto" lo acribilló a balazos, no sin que se defendiera con su decisión de siempre hiriendo de muerte al asesino. Mal herido, corrió Alpízar a curarse a un hospital cercano. Desde allí pidió auxilio a sus compañeros Cancio y Valdés Miranda que acudieron rápidamente. Cuando juntos trasladaban a Alpízar a lugar seguro, se vieron rodeados de buen número de policías, insultados, golpeados, arrebatado a sus manos el compañero va desfallecido y ellos detenidos y llevados al Castillo del Príncipe. Los policías remataron a Alpízar y ocultaron su cadáver, como es ya fórmula del machadato, como se hizo con nuestro amigo Laguado Jayme.

Todo esto es en verdad horrendo. Pero aun hay más: las tiranías americanas traspasan todo cálculo de posibilidades inhumanas. Anoche la Dictadura determinó "suprimir" a Valdés Miranda. Sabía éste todo lo relacionado con la muerte de Alpízar y había manifestado su decisión de decir toda la verdad. Con un pretexto fútil se introdujeron en la sala donde Valdés Miranda está preso con otros miembros del Directorio Estudiantil un grupo de hampones sentenciados en el mismo establecimiento por los más graves hechos y lo atacaron con salvaje ensañamiento. Salieron a su defensa sus compañeros, decididos a todo. Se entabló una lucha terrible. Y el resultado ha sido este: siete estudiantes heridos de gravedad y uno de ellos, el bravo Oscar Andino, sin esperanzas de salvación.

Así ha liquidado la Dictadura este año 1931. Así está, aherrojada y entregada al apetito de una soldadesca brutal, la tierra cubana, en esta alborada de 1932. ¿Hasta cuándo?

Le estrecha la mano.

Juan Marinello

MENSAJE

= *Envío del autor* =

compañeros
llevemos a la práctica
la consigna del sol
LA MANO
del campesino y del obrero
reclama la ración de la justicia
y por eso el acero
de la pluma que hiciera poemas
brilla
como un alfanje
en el puño crispado de mi espíritu
soñando abrir la entraña
de la opresión y la ignorancia
en una hemorragia de sol
MI POESIA
sobre su avión con alas de metáforas
despedaza la línea del cenit
y bebiendo horizontes
y chafando distancias
retorna por los nuevos
caminos deshierbados de tiniebla
con la canción anúteba
desventurada de rojas emociones
con el mensaje iconoclasta
que para los hermanos proletarios
he confiado en la cima de la aurora
a los cuatro jinetes de los vientos.

Luis Barrera Rodríguez

Guatemala, 1931.

INDICE



POR EL CORREO DE ESTA SEMANA:

VEAMONOS EN EL ESPEJO DE CALI, COLOMBIA

Cali, diciembre 11.—Como les informé, la ciudadanía de Cali no aceptó las bases del acuerdo pactadas entre el gobernador, doctor Salvador Iglesias, el comité de defensa y el subgerente de la Compañía Colombiana de Electricidad, señor Sommer. El concejo estimó esas bases como punto de discusión.

Así planteado el asunto, era de esperarse que se procediera a un estudio sereno y razonado del pacto, pero el señor Sommer abandonó la ciudad en forma intempestiva, y ayer siguió para Buenaventura, en donde se cree que tomará hidroavión con rumbo a Nueva York. El viaje del señor Sommer deja cerradas las puertas a toda negociación.

En consecuencia, la junta pro-defensa, que fué nombrada en una gran reunión popular, decretó ayer el boicoteo. Se ha publicado la primera resolución de la junta, en la cual se llega a las siguientes conclusiones:

1º Desde hoy, la ciudadanía debe presentarse en forma ordenada a las oficinas de la Compañía Colombiana de Electricidad para pedir la desconexión de las instalaciones de los servicios de luz que presta la empresa;

2º A más tardar el día quince de los corrientes, a las cinco de la tarde, deben estar cancelados todos los contratos de los particulares con la empresa;

3º Se declaran traidores a la ciudad y enemigos de sus intereses a quienes no procedan de conformidad con esta resolución;

4º Se encarece a los industriales la fabricación en grande escala de elementos de alumbrado, para no elevar así los precios de las velas, etcétera;

5º La junta dictará luego otras medidas para hacer efectiva esta resolución, y dictará las medidas necesarias para que el boicoteo tenga efectividad. La resolución está firmada por los señores Demetrio García Vásquez, como presidente; Antonio Mondragón Guerrero, como vicepresidente, y como vocales, Enrique Ramiro, Hernando Valencia, Jorge Enrique Cruz, Eleázar Flórez Vergara, Jorge Cárdenas, Tulio Ramírez, Rubén Orozco Micolta, Cástulo Córdoba y Alfonso Cobo V. Estos mismos ciudadanos y otros caballeros muy distinguidos de la ciudad dirigieron ayer una carta a la compañía, manifestándole que acatan la orden de la junta y que prescinden de los servicios de energía y luz, desde la fecha.

Toda la ciudadanía ha ingresado en el movimiento, y desde esta mañana han comenzado a estacionarse frente a las oficinas de la compañía numerosas personas, quienes se hallan listas para cancelar los contratos. La ciudad está de pie, vigilando sus destinos.

(De *El Espectador*, Bogotá)

Imprenta LA TRIBUNA